

LA CORONACION

DE

Remigio Crespo Toral

4 de Noviembre de 1917.

CUENCA

Imp. de VELEZ Hnos.

FIESTA DE LA CORONACION

CRONICA

(De "El Progreso" de Cuenca).

I

Hay fiestas en las que parece que la naturaleza se juntara en armónico *bouquet* con el talento, la belleza y el arte. La apoteosis de Crespo Toral es, sin duda, el regocijo más grande que hasta hoy ha tenido Cuenca.

Desde la una de la tarde, una inmensa muchedumbre, compuesta de todas las clases sociales, sin distinción de partidos, llenaba la plaza "Calderón". Las bandas de música del batallón "Guayas" y de las sociedades obreras "La Salle" y "La Alianza" hacían vibrar los aires con sus marciales acordes. Se organizó el desfile hacia la casa del Poeta, precedido por tres carros alegóricos en los que iban, hermosamente vestidas, las nueve bellas señoritas que representaban a las musas de Helicon. El Presidente del Concejo Municipal, el del Comité Central

de la coronación y los de los demás Comités organizados con tal objeto, seguían a aquellos; continuaban el desfile todos los miembros de las diferentes Sociedades Literarias, Obreras y Científicas; los Profesores y alumnos de la Universidad y del Colegio "Benigno Malo", la Escuela de Medicina y los niños y niñas de las escuelas urbanas que, como un ramillete de flores primaverales, cerraban el clásico desfile. Recorrió la calle "Luis Cordero" hasta llegar a la "Cedeño", en donde se halla la morada del Poeta.

Entre torrentes de vivas y aplausos asomó éste. En su faz majestuosa se pintaba la emoción. Se dijera que la Gloria hacía presa de su espíritu, tan humilde como grande....

El desfile tomó la calle "Juan Jaramillo", cuyas casas estaban vistosamente adornadas por el Pabellón Nacional y guirnaldas de flores y laureles montañeses que, al paso del poeta, se deshojaron sobre su frente angusta, esparcidas por las manos ebúrneas de sus bellas admiradoras. La calle era un mar con olas de cabezas humanas. A los acordes de las bandas de música seguía una no interrumpida salva de aclamaciones y aplausos al vate que marchaba emocionado, con el corazón henchido de ternura, a la Casa del Pueblo, a recibir el homenaje de las demás provincias hermanas, que se habían dado cita, por medio de sus dignos representantes. El Municipio estaba bellamente adornado de luces y de palmas. En su recinto se hallaban congregados los Gobernadores de las provincias azuayas, Sres. Federico Malo y Coronel Enrique Albornoz, los miembros del Ayuntamiento cuenca-

no, los representantes de todas las provincias y de los Comités organizados para la coronación; los Ilmos. Obispos de Cuenca, Ibarra y Colonia, Monseñores Pólit, Ordóñez y Costamagna, y, en fin, lo más selecto, lo más intelectual de la tierra del Poeta.

El Bardo fué saludado por una inmensa aclamación de simpatía y de cariño. Se abrió la sesión solemne con la lectura de la Ordenanza Municipal que declara a Crespo Toral hijo predilecto de la ciudad de Cuenca y le concede autorización para que pueda llevar públicamente la condecoración acordada por el I. Concejo. El Dr. Octavio Díaz, después de pronunciar un conceptuoso y elegante discurso, en el que manifestaba la justicia de la apoteosis, colocó sobre el pecho del poeta, a nombre del pueblo cuencano, una hermosa medalla de oro, como testimonio de la admiración de todo un pueblo hacia su hijo predilecto. La medalla lleva en su anverso la inscripción: "Al egregio poeta Remigio Crespo Toral, la ciudad de Cuenca", y en su reverso: "El Concejo Municipal Acuerda: declarar a Remigio Crespo hijo predilecto de la ciudad de Cuenca".

El digno representante de la Ilustre Ambato, Dr. D. Remigio Romero León, a presencia de un distinguido miembro de ese Concejo, D. Alberto Jáuregui, hizo la entrega de una hermosa tarjeta de oro que los conterráneos de Montalvo, los Meras, Martínez y Cevallos, ofrecían al cantor de "América y España".

El discurso de entrega del Dr. Romero es una hermosa pieza literaria digna del cantor de "Leyendas Olvidadas".

El Dr. Octavio Díaz puso en manos del poeta la pluma de oro ofrecida por la Ilustre Municipalidad de la ínclita Riobamba, que “es digna de mojar sus gavilanes en la áurea tinta con que el maestro escribe sus estrofas y cincela sus períodos”. En seguida, el Dr. Crespo Toral electrizó a la escogida concurrencia con un clásico discurso de agradecimiento a su tierra natal, y a todas y cada una de las demás provincias que tan hidalga y generosamente concurrían a su glorificación; alocución que fué interrumpida muchas veces por los frenéticos aplausos de los concurrentes. Al terminar el solemne acto municipal, se repartió un número extraordinario de “El Tres de Noviembre”, profusamente ilustrado y en treinta y seis páginas, en las que se ostentan las firmas de conocidos literatos del país; de los maestros y de los discípulos. Además, se distribuyeron hermosas tarjetas ofrecidas por el Representante de Ambato, con el facsímile de la tarjeta de oro de ese Municipio, con una inscripción latina, cuya traducción es como sigue:

“La ciudad de Ambato, madre invicta de preclaros ingenios, al consagrar una hoja de laurel para la corona del eximio poeta *Dr. Dn. Remigio Crespo Toral*, desea que la Gloria una los ecrazones de los ecuatorianos para el triunfo y la concordia, mediante el amor y la abnegación.

4 de Noviembre de 1917—97º aniversario de la emancipación de Cuenca.

REMIGIO ROMERO LEÓN

Comisionado de esa siempre alabada ciudad”.

II

A las dos de la tarde el poeta fué conducido, siempre entre aclamaciones, al centro de la plaza "Calderón", en donde se levantaba, airoso, el simbólico Pindo, con las nueve musas que eran representadas por las espirituales señoritas Filomena González Borrero, Carmela Malo Andrade, Raquel Cordero Crespo, Cristina Aguilar Vázquez, Elena Muñoz Borrero, Leonor Borrero Vega, Ines Vintimilla Muñoz, Eufemia Palacios Bravo y Jesús Toral Vega. Ricamente ataviadas con los propios simbolismos de la mitología, eran la encarnación más bella de Calíope, Clío, Erato, Euterpe, Melpómene, Polymnia, Talía, Terpsícore y Urania. Eran la mejor corona del poeta, flores de su tierra nativa, la encarnación humana de sus sueños de adolescencia, formando el más bello ramillete bajo los chorros dorados de sol ecuatorial, que, como en prismas maravillosos, quebraba sus rayos en las áureas diademas de las musas. El cuadro era resplandeciente, magnífico, regio. El poeta, majestuoso, trémulo por la emoción, asciende al sacro monte, recamado de flores y de helechos,

«y llega al pedestal, y se confunde
con la azulada bóveda su pecho;
y alfombra en donde sus sandalias hunde
es la muelle humedad de pobre helecho»....

Las campanas de la vieja Catedral desataron sus lenguas de bronce en chorros de armonías, mientras el majestuoso acorde del himno azuayo hacía palpar el corazón de la inmensa muchedumbre de espectadores que llenaban el recinto de la plaza y los balcones de los edificios del contorno. El digno patriótico, Presidente del Comité Central de la Coronación, Dr. D. Rafael María Arízaga, quien debía ceñir la frente del elegido con el laurel de los inmortales, destacó su gallarda silueta junto al mimado de las Musas, y dió comienzo a la magna ceremonia de la

coronación. Su presencia fué saludada con gritos de entusiasmo. Su voz, grave y majestuosa, se desató luego en una brillante cascada de armonías; haciendo la historia de los triunfos del poeta, el elogio de sus cantos patrióticos, de "Mi Poema", de "Los Inmortales", de "Los Genios"; en suma, de la inmensa y escogida producción de nuestro gran poeta nacional.

El reloj de la casa Municipal, con su negra manecilla, marcó las cuatro de la tarde de uno de los días más grandes de la patria. Era la hora solemne. El gran orador tomó en sus manos la áurea corona, y emocionado, tembloroso, ciñó las sienes del poeta: y luego, dirigiéndose a la delirante multitud, dió fin a su brillante pieza literaria con las siguientes vibradoras frases: "El deber está cumplido: vitoread al vencedor".

Millares de manos, como agitadas por un resorte, dejaron oír su aplauso sincero. Las bandas rompieron las ondas del aire con sus ecos marciales, y, otra vez, las campanas de la vieja catedral repicaron alegres, celebrando las nupcias del poeta con la gloria.

En la faz del bardo se transparentaba su alma. Dos brillantes perlas enjocieron sus ojos aguilinos y rodaron, temblorosas, por esa faz radiante por los primeros lampos del sol de la inmortalidad. Las musas ofrendaron luego a su predilecto los presentes que la admiración nacional depositó en el altar de su apoteosis. Las damas ecuatorianas, dignamente representadas por la intelectual señorita Lucrecia Muñoz Vernaza, tras una hermosa alocución de ésta, entregan al poeta el brillante libro de oro, que, como una concha marina, guarda en sus páginas, como perlas inmaculadas, las primeras estrofas de la adolescencia del poeta.

De repente, abriéndose paso entre la multitud, aparece, vestida de blanco y ceñida por el tricolor nacional, una niña hija del pueblo, y llegándose al bardo, deposita en sus manos una corona de laureles naturales: es la mensajera del taller, es la clase obrera que reverente ciñe a su poeta con laureles de la tie-

rra nativa, bañados por el sudor de su frente.

Irguiéndose conmovido, sobre su pedestal de flores, Remigio Crespo Toral hace oír su verbo luminoso, que tiene bramidos de torrente andino, suavidades de quena indiana, flexibilidades de junco de la selva, perfumes de retama nativa y chispazos de soledad. Nuestra humilde pluma de cronistas se resiste a juzgar las bellezas literarias del clásico discurso que fué una hoja más de laurel en la corona de este conquistador incansable de laureles. El poeta, con frases de mística religiosidad; invita, luego, a la concurrencia, al solemne *Te Deum* que, en acción de gracias de su triunfo, debía cantarse en la Catedral.

Cuando la concurrencia se dirigía al templo, el Sr. Dr. Miguel Cordero, Presidente del Liceo de la Juventud, con un castizo y alegórico discurso, entrega al coronado una rama de laurel, hijuelo, "del mismo a cuya sombra cantó" y que tiene la rara coincidencia de haber sido obsequiado a Crespo Toral por ese otro gigante de nuestras letras, Dr. Luis Cordero, coronado no ha mucho por el hoy glorificado Crespo Toral.

La ceremonia no podía ser más significativa ni más grande. El poeta, con su propia mano, plantó en uno de los jardines de la plaza el laurel de la victoria, el que mañana ceñirá la frente de nuestros genios y de nuestros héroes.

¡Creced, laurel, para que bajo tu ramaje pomposo y florido, descansa mañana el mármol perpetuador de la gloria de Calderón, — primer laurel de nuestros triunfos ciudadanos.

Luego, el desfile, con el poeta a la cabeza, penetró en el templo. La catedral, regiamente engalanada, sintió estrechas sus naves para alojar al inmenso gentío que acompañaba al vencedor a depositar sus laureles de oro a los pies del que rige el curso de los astros en el espacio y hace reventar, como triunfo de luz y de matices, las flores en la selva.

La Religión, con sus rícos solemnes y majestuosos; el órgano, con sus notas graves, lentas y llorosas;

el incienso, con sus sutiles nubes de perfume, hacían de la mansión de Dios un contraste del alegre bullicio y esplendor de las fiestas de fuera, llenas de vida, llenas de luz y de los encantos de la naturaleza. El *Te Deum* lo entonó el Ilmo. Sr. Pólit, acompañado por los Ilmos. Ordóñez y Costamagna, del Cabildo Catedral y de numerosos sacerdotes seculares y regulares de la ciudad.

La solemnidad religiosa era el marco necesario al cuadro de la gloria del Poeta creyente.

Como una lluvia de alas blancas, el laureado, al salir del templo, recibió sobre su frente, en albos papeles, el hermoso soneto del joven poeta Rafael F. Arízaga, que concluye con el siguiente bellísimo terceto:

«cuando todos pregonan su decoro,
él viene ante su Dios, y, humildemente
rinde a sus plantas la diadema de oro.»

El mismo momento circula el número extraordinario de «El Progreso» con el discurso que acaba de pronunciar el Dr. Arízaga, la sincera alocución de la Srta. Lucrecia Muñoz y, como brillantes engarzados en preciosa filigrana, varios sonetos de distinguidos poetas del Azuay.

El gran desfile comenzó, luego, su marcha triunfal hacia el nido del Poeta. Otra vez la música, otra vez el trueno de aplausos y las manos marfilinas deshojando flores al paso del vencedor.

Al llegar a la casa del poeta, la muchedumbre, galanamente invitada por él y sus dignos hijos, invade los salones de su morada versallesca. El coronado, con los brazos abiertos, estrecha contra su pecho tanto a los caballeros de impecable indumentaria como a los modestos hijos del taller. Parecía, con los brazos en cruz, el genio crucificado en el calvario de la gloria.

Mientras burbujeaba el champaña en las copas de fino *baccarat*, y Mozart, Bethoven y Chopin surgían de las cuerdas de los violines y de las ríen-

tes teclas del piano, la digna compañera del Poeta, Dña. Elvira Vega y García y su aristocrática familia exhibían a los concurrentes todas las ofrendas que al excelso Bardo había presentado la admiración nacional.

Siquiera a grandes rasgos vamos a intentar una descripción de los artísticos y valiosos objetos, dignos del gran orfebre de la belleza, y de la generosidad y admiración de sus ilustres obsequiantes.

III

La corona, del oro de las arenas de nuestros ríos, está formada de treinticuatro hojas de laurel, ofrecidas por las Ilustres Municipalidades de Cuenca, Machala, Azogues, Loja, Guaranda, Gualaquiza, Portoviejo, Riobamba, Babahoyo, Latacunga, Quito, Ambato, y Cañar; por el Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay, Academia del Azuay, Universidad del Azuay; por la Sociedad literaria «Liceo de la Juventud»; por la Sociedad «Obreros de la Salle»; por los Comités «Crespo Toral», de Quito, Guayaquil, Babahoyo y Cuenca, y por el Comité «Juventud de Cuenca»; por el Ilustrísimo Sr. Obispo Manuel María Pólit y Superiores del Colegio Seminario, por el Venerable Capítulo Catedral de Cuenca, por la Venerable Orden Dominicana de Cuenca, por el Dr. Honorato Vázquez y familia, Rafael María Arizaga y familia, Roberto Crespo Toral y familia, Arcesio Pozo y familia, Dr. Miguel O. Bustos, e hijos de Miguel Moreno.

Qué hojas tan brillantes las de la corona del poeta! Junto al homenaje de sus compatriotas, junto a la admiración de todas las Sociedades científicas y literarias, de sus amigos y parientes, está la hoja significativa de los hijos de Miguel Moreno, de esa alma inmensamente blanca, de ese corazón que fué todo ternuras y que, a no haberse perdido tan pronto en la noche de la tumba, hubiera gozado como el que más en la ascensión gloriosa de su hermano

en el culto de la lira. Oíd lo que el mismo Crespo, haciendo el recuerdo de sus penas y ternuras, dice de él en su magistral discurso: «A vivir tú ¿quién habría preparado a tu hermano la guirnalda sin espina alguna, sino tu hermano poeta mártir de la ternura y la poesía? Habrías hecho tú los honores de esta fiesta; y ahora mismo estás presente aquí con el espíritu, en la palpitación de la luz y en el estremecimiento del aire, para darme fuerza en este suplicio de la fama, y guardarme con piadosa sombra, del relámpago engañoso de la vanagloria».

La medalla ofrecida por el Municipio de Cuenca, tiene en el anverso el simbolismo de la Gloria, personificada en una mujer griega, que lleva en su diestra una corona de laureles, alzada sobre una lira. El reverso ostenta los heráldicos blasones de la ciudad de Gil Ramírez, con la castellana leyenda: «Primero Dios y después Vos».

El Libro, obsequio de las Matronas Guayaquileñas, tiene en la cubierta un fino monograma, en oro, del nombre del Poeta, y en la primera página, escrita en brillante prosa, rebosante de entusiasmo y patriotismo, aparece la leyenda que va al fin de esta crónica.

A esta primera hoja siguen muchas otras avvaloradas con las distinguidas firmas de Eufemia Vivero de Chambers, Cruz Coronel de Espinosa, Rosa M. Carbo de Sánchez, Perpetua A. de Icaza y centenares más de lozanas flores del pensil del Guayas. No es esto todo: junto con el precioso libro de que hablamos resplandece una preciosa medalla, pendiente del tricolor nacional, que luce esta inscripción: «Las damas de Guayaquil a Remigio Crespo Torral—1917»; y en el anverso, una hoja de trébol donde brillan como gotas de rocío, tres lípidos diamantes: Sujeta la medalla al tricolor una serpiente de escamas luminosas y cabeza de rubí.

Loja, la Garza del Zamora, cuna de los Valdiviesos y Eguigúrenes, de los Arias y los Cuevas, no podía

faltar a la fiesta de la hermana querida, no podía escatimar su ofrenda ante el altar de la apoteosis del grande hijo de Cuenca, honor de la República y orgullo de la raza. La lira de oro obsequiada por el «Comité Loja», empapada en el mismo aroma de nuestro ambiente austral, figurará gallardamente junto a las ofrendas de las otras provincias hermanas.

Los hijos del «rey de los andes», del viejo gigante de cabellera blanca, han derrochado hidalguía y generosidad en el regocijo de estos sus hermanos de las riberas del Tomebamba. Su lira de oro es una verdadera joya de arte. Rodeada de una corona de ramas de laurel incrustada de piedras preciosas, es una de las mejores ofrendas hechas al poeta. Tiene las siguientes inscripciones: en las ramas y pedestal de la lira: «Homenaje de la provincia del Chimborazo al excelso poeta y eminente polígrafo, Sr. Dr. Remigio Crespo Toral»; en la cinta que envuelve las ramas de la corona: "Poder Judicial", "Colegio Maldonado", "Prensa Local", "Cuerpo Administrativo", "Ejército", "Policía", "Comercio" y "Artesanos"; y en el lazo: "Comité Crespo Toral del Chimborazo".

El hermoso libro de oro, obsequio de las hijas del Azuay a su cantor, que contiene en sus páginas las firmas de aquéllas, es digno de que el poeta escriba los mejores cantos de la tarde de su vida con la pluma de oro de la Municipalidad de la ínclita Riobamba.

La tarjeta del Profesorado de Instrucción Primaria del Chimborazo, "es una hermosa alegoría en que el oro y el platino han sufrido el dulce tormento de la gloria, para representar nuestras campiñas ecuatorianas, el río, la montaña excelsa, la vegetación exuberante, destacándose al centro la gran figura de la patria. Ostenta la inscripción que sigue: "El Profesorado de Instrucción Primaria del Chimborazo saluda calurosamente al Sr. Dr. Remigio Crespo Toral en el día de su coronación.—Riobamba 4 de

Noviembre de 1917.—Director de Estudios. —P. Villagómez. — Visitador Escolar.—Benjamín León.—Secretario, —J. M. Dávalos C.—Colector.—Rafael A. Moreno.

Los Ilustres conterráneos de Olmedo, Rocafuerte y Llona, en un diploma encerrado en un cilindro de plata, han vaciado la esencia de su espíritu magnífico en moldes de oro viejo, honrando al clásico poeta.

Este título de nobleza literaria saboreará el lector al final de esta reseña.

Los amigos del laureado Crespo, Dres. Honorato Vázquez, David Neira y Ezequiel Márquez, y señores Ignacio Domínguez y Abraham Sarmiento, con cariñosa delicatoria, le han ofrecido un busto de mármol de las patrias montañas. La faz severa del poeta, en las blancuras del mármol, parece animada por el soplo de la inspiración. El artista Sarmiento,—autor de la obra—ha hecho un supremo esfuerzo para hacer surgir del bloque la figura palpitante del cautor de "Mi Poema".

IV

Las dos artísticas medallas galantemente ofrecidas por el "Comité Social" a la digna esposa del Poeta, para las vencedoras en el concurso de ofrendas florales, son dignas de las concursantes. La respetable matrona Doña María Illescas de Córdova fué acreedora a una de ellas por su bello y significativo Escudo de Armas de la República, ofrenda que es modelo de gusto artístico. La Señora Carmela Moreno Serrano, artista por atavismo, obtuvo por su precioso libro de violetas blancas, con las iniciales del nombre del Bardo en violetas azules, otra de las medallas, las que l'evan esta inscripción en el reverso: "Concurso de ofrendas en honor del poeta Crespo Toral", y en el anverso: "El Comité Social" — Nbre. 4 de 1917". Entre centenares más de lindos trabajos de este género, enviados

por todas las admiradoras del Poeta, llamaron nuestra atención, un gran *pensamiento* de variados matices, cuyos pétalos estaban formados por multitud de pensamientos, y que parecía una inmensa marijosa con las alas abiertas; una lira de flores abrazada por una corona de hojas de hiedra, en las que se había escrito, con áureas letras, los nombres de las producciones del Vate; y, destacándose en el fondo de la lira, como tres flores de exquisita policromía, tres sonetos de los poetas Miguel, Luis y Gonzalo Cordero, Dávila. En las dos primeras ofrendas leímos los nombres de las matronas: Hortensia O. de Crespo y Josefina de Díaz. El Jurado Calificador de las ofrendas fué formado por los S. S. Coronel Nicolás Fuentes Robles, Juventino Vélez y Damián Ricci.

En un ángulo del regio salón de la casa del Poeta se destacaba sobre un artístico marco de cedro un simbólico cuadro que representa el despeñarse de la fuente Castalia, que al golpe de sus aguas cristalinas, arranca un árbol de laurel de sus orillas. El paisaje, de naturaleza andina, es el traslado al lienzo de un pedazo edenal de la nativa tierra. El pincel exquisito de Honorato Vázquez ha encarnado en este cuadro el triunfo del Poeta.—Más allá, sobre una mesa de mármol impoluto, se clavaban nuestros ojos en un hermoso marco tallado en nogal finísimo, que guarda en un medallón,—facésimil primitivo de las medallas conmemorativas, que el "Comité Social" las mandó trabajar en Lima—la imagen del Coronado, acompañada de frases de admiración, firmadas por el entusiasta poeta Alfonso J. Mosquera. De la contemplación de tantas bellezas, el espíritu pasa súbitamente a la delectación que nos proporciona el Poeta al poner en nuestras manos un tom de su "Leyenda de Hernán", ilustrada con fotografías del joven artista Em. Honorato Vázquez. La interpretación de las escenas ilustradas es algo de lo más completo que puede darse en el arte. Los cuadros son vividos: paisajes de las

playas del magestuoso Paute, montes de nuestra cordillera, huerto de la heredad y escenas de la vida campestre, todo oliente a retamas y flor de chirimoyo. Respecto al poema, nada decimos, porque muy pronto saboreará el lector la miel que el Poeta ha cristalizado en las estrofas de su canto; pero sí nos atrevemos a insinuar al Grande amigo la pronta aparición de este canto con las brillantes ilustraciones, de las que, al volar de la pluma, hemos hablado.

La primera sombra del crepúsculo puso fin a estas contemplaciones de arte, al sorprendernos en las galerías con el súbito encenderse de una gran lira con los colores del tricolor nacional, y con la inscripción del nombre del Poeta, debido a la admiración de su amigo el Sr. Dn. Alfonso Ordóñez Mata.

A las siete de la noche, centenares de hijos del trabajo, galanamente invitados por la "Sociedad de la Salle", rompen el más grande desfile que Cuenca ha presenciado. A los acordes de la banda de la Sociedad, entre variados matices de luz de bengala, flotando en sus manos el tricolor Nacional y lanzando frenéticos vivas a la Patria y al Poeta, recorren la ciudad hasta llegar a la mansión del Genio, quien, siempre amable, siempre bueno y amigo del Obrero, se deja ver en una de las ventanas de su habitación y, entusiasta, saluda al pueblo que le aclama.

En seguida, los acordes de la banda militar nos llevan hacia las ventanas de la casa, para embriarnos en la armonía de la escogida retreta preparada por la Jefatura de Zona en honor del Coronado, y dirigida por el hábil artista, Sr. Rafael Sojos.

Henchido el corazón con las múltiples y complejas impresiones que pálidamente hemos descrito, la concurrencia es invitada a los amplios *buffets* de la familia Crespo Toral. La belleza y elegancia de las damas concurrentes, la gentileza de los jo-

venes y caballeros, el lujo de la porcelánica vajilla, el derroche de sinceridad y de buen gusto, la orquesta de sonos melodiosos, el perfume embriagador de flores montañeses y el escogido *menú*, hicieron de esta recepción la más espléndida y pomposa que hasta hoy han tenido nuestros aristocráticos salones.

La fiesta, como una cadena de flores, se desenvolvió suavemente hasta las dos de la mañana, hora en que todos los corazones, repletos de emoción, dejaron al poeta *descansar sobre sus frescos laureles*.

Afuera, el cielo tachonado de estrellas, la luna, blanca como una hostia, reflejándose en las ondas tranquilas del Tomebamba, y éste, el viejo amigo del Bardo, cantando su eterna canción de eterna despedida, al alejarse lamiendo el huerto silencioso de la casa solariega del Poeta....

V

Como en el mar se juntan los torrentes de las cumbres, los arroyos de los bosques y las fuentes de los valles, así en torno de Remigio Crespo Toral, tributarios de su gloria, se han juntado todas las clases sociales de la República y de su patria chica que tanto se enorgullece con hijo tan preclaro.

La Municipalidad de Cuenca, en cuyo seno aientan hoy espíritus patrióticos y altivos, espíritus jóvenes, merece nuestro especial aplauso por su liberalidad, gentileza y verdadero culto de las glorias nacionales. Esta Ilustre Corporación ha agotado todo sus esfuerzos para colocar a Cuenca, en la apoteosis de su hijo, en el lugar que le corresponde, coadyuvando eficazmente para que la fiesta del poeta sea digna de su nombre y de la tierra que le vió nacer. La Ordenanza expedida irá al fin de esta crónica.

No nos parece necesario recomendar al Ilustre Ayuntamiento el cultivo del árbol de láurel plan-

tado por Crespo en los jardines de la plaza. Para él será mañana el testimonio de la Gloria de esta fiesta azuaya, en la que tan brillante papel ha desempeñado esta I. Corporación.

Los periódicos locales, "La Alianza Obrera", "El Progreso", "El Tren" y la "La Opinión", dedicaron al poeta ediciones de gala con su retrato y brillantes poesías y artículos literarios. "El Progreso" publicó además algunos de los muchos sonetos que habían sido presentados al Concurso Literario, en el que, desgraciadamente, no llegó a discernirse la palma a ninguno de los magníficos trabajos del certamen.

Los poetas Luis A. Chacón y Francisco Martínez Astudillo, entretejieron en la corona del Barbo delicadas flores de su ingenio, perfumadas con el incienso de su admiración y atadas con el lazo de la fraternidad literaria.

El Dr. Daniel Córdova Toral, delegado del Municipio de Machala, obsequió hermosísimas fototipias con el retrato del Coronado, trabajadas en la Capital de la República.

La compañía de Zarzuela "Monti" dedicó una función de gala al Dr. Crespo, en la que Monti recitó la patriótica "Canción de la Bandera".

En suma, Cuenca, en un sólo corazón, en una sola alma, tributó a Crespo Toral todo el homenaje merecido por su talento incomparable, por su númen prodigioso, por sus grandes virtudes cívicas y privadas, y, en fin, porque el oro de su corona irradia luz en el cielo de la patria.

¿Y qué diremos de las otras provincias que tan hidalgamente, tan fraternalmente, se han dado cita para, engrandeciendo a su Poeta, engrandecer a la patria de Solano, Cordero y Calderón?

Basta leer la lista de sus representantes para el acto de la coronación, y de los altos mandatarios y corporaciones que se han adherido gustosos a nuestra fiesta, para ver que el Azuay no tiene cómo pagar tanta deuda de gratitud y de

cariño.

Las múltiples y variadas manifestaciones de afecto de todas y cada una de ellas, diciendo están que el sentimiento de lo Bello, de lo Grande y de lo Bueno hace vibrar como una lira el corazón de la Patria.

Guayaquil, la tierra de la Gentileza, honra al poeta con el clásico Escudo de Nobleza Literaria que copiamos al fin de esta crónica.

Quito, la cuna de la Hidalguía, prepara, según sabemos, una velada literaria, en la que se coronará el busto del poeta con laureles de oro, debidos al alma sentimental y exquisita de sus matronas, cuyos corazones laten al calor de grandes ideales.

La prensa capitalina y porteña y la de las demás ciudades de la República, nos han honrado con frases de galanura y simpatía. Para todos sus notables redactores, vayan nuestros agradecimientos.

No terminaremos esta breve reseña sin felicitar calurosamente a los distinguidos aurifabristas autores de los preciosos objetos de oro enviados al Poeta, en especial al joven artista Don Ariolfo Vázquez, por la factura de la corona y de la gran medalla obsequiada por esta Municipalidad. Por último, reciba también nuestro agradecimiento sincero el talentoso periodista Dr. Juventino E. Vélez, quien generosamente nos ha ofrecido las columnas de su interdiario para esta publicación, y el inteligente amigo Dn. Carlos Cueva Tamariz, quien nos ha ayudado en la recopilación de datos para esta mal hilvanada reseña de la magnífica fiesta del maestro y amigo Dr. Dn. Remigio Crespo Toral.

Agustín Cuesta V.

Primera página del album de las Señoras de Guayaquil

«Salve, oh excelso poeta!

Este solemne día en que los edénicos pensiles de Cuenca os brindan las rosas de gaya primavera para alfombrar la senda que conduce al solio, donde ceñirán vuestras preclaras sienes la áurea y triunfal corona, con que regocijado el Ecuador rinde a vuestros méritos grandiosa ovación, desde las márgenes del anchuroso Guayas; orgullosas compatriotas vuestras os envían fraterno tributo, cual corona de blancos jazmines cuya delicada esencia perdure para vos entre los felices recuerdos de justicia apoteosis.

Nuestra ofrenda de admiración al genio, es a la par, de respeto a la virtud: porque, si rui señor canoro, inspirado numen, riman en vuestros labios sublimes cantos que os han merecido el laurel inmortal, el amor cristiano, bendito sentimiento que, como dulce torcaz arrulla en el dichoso lar que habéis formado, levantó en vuestro noble corazón un trono a la tierna y gentil esposa; y sois para ella y los queridos hijos, consorte y padre modelo de todas las virtudes privadas, de donde derivan las cívicas; por cuanto es en el hogar doméstico donde germinan y se acendran las virtudes del patricio que le merecen en la vida pública el respeto de sus conciudadanos.

Unís, así, en admirable dualidad, la grandeza del intelecto a la del corazón; y caracterizáis al verdadero poeta, que enamorado de lo grande y de lo bello, dominando con las potentes alas del estro las cumbres de lo ideal, arrullado por la música de elevados sentimientos, vive en abstracción feliz de las miserias humanas, una existencia propia sólo al bien.

¡Tenéis merecida la corona, y por ella va nuestro entusiasta aplauso a resonar unísono con el que vibra hoy del uno al otro confín de la República.

Y si Píndaro fué llamado el cisne tebano y Virgilio el de Mantua; si el poético autor del Telémaco le llamaron el Cisne de Cambray, nosotros os llamamos ¡el Cisne del Tomebamba!.....

En la pureza de ese ambiente, ¡canta, oh dulce Cisne! la Hermosura Eterna, la excelstitud de inefables creencias, las fruiciones de santos afectos; y tus cantos «enaltezcan más y más a la Patria que se honra hoy al premiar con espléndidos lauros de gloria, en el esclarecido poeta las altas virtudes del egregio ciudadano!

Guayaquil, Noviembre de 1917.»

Diploma del "Comité de Guayaquil"

República de las Letras en el Ecuador,

Comité de Guayaquil.

Al Ilustre poeta Sr. Dr. Dn. Remigio Crespo Toral,
en la muy culta ciudad de Cuenca.

¡Salud y gloria!

Preclaro vate:

Porque sois uno de los más altos númenes de la poesía Ecuatoriana, el Bardo prócero entre los renombrados de nuestra Cordillera;

Y por cuanto habéis ganado bien la apolínea lauréola que justicieramente os discierne el Veredicto Nacional;

Nosotros, que os admiramos en toda la valfa de vuestra gallarda producción poética, y os gratulamos entusiastamente en el olímpico triunfo de vuestra coronación;

Nosotros, que hemos sido constituidos en intérpretes del sentir de vuestros compatriotas en la costa, para enalteceros en razón de vuestra virtud y según la general estimación que ella os ha granjeado,

Venimos en conferiros, y os conferimos, en nombre de las Letras Patrias y por autoridad de la Fama, el presente Título de Nobleza Literaria.

Por el cual os significamos el voto de que se os preste y guarde el acatamiento y fueros propios de vuestra excelstitud intelectual, en tanto cuanto digno sois de honor y de alabanza,

En la Nación y allende sus fronteras,
 Ahora y en la Historia;
 Por el arte magistral del verso;
 Y por la suprema pleitud del estro,
 Y por la trascendencia del mérito interno de la magna
 labor estética.

Dado y firmado de nuestras propias manos, sellado con el láureo sello de la Gloria, en la hidalga Metrópoli del Príncipe nuestro Sr. Dn. José Joaquín de Olmedo, a veinte y siete de Octubre de mil novecientos diez y siete, para que valga desde el día de la coronación.

Presidente, Carlos Carbo Viteri.--Vicepresidente, José Luis Tamayo.---Tesorero, Francisco García Avilés.---Vocales: Carlos Mateus.---Manuel Mateus.---F. E. Navarro.---Delegado Municipal.---M. Chaves Franco.---L. F. Fálquez Ampuero.---M. Castro.---César Borja, C., J. A. Campos, Pedro P. Garai-coa, Manuel A. Campos R., C. Carrera, Alejandro Ponce Elizalde, F. Campos R., Máximo B. Mateus, Pedro P. Gijón, Federico C. Coello, Secretario.

El Concejo Municipal de Cuenca

Considerando:

1º Que los Poderes del Estado y las sociedades políticas, científicas y literarias de la Nación, han acordado coronar al eximio poeta azuayo Sr. Dr. Dn. Remigio Crespo Toral, el cuatro de Noviembre venidero;

2º Que es deber de la Municipalidad de Cuenca, coope-
 rar al mayor realce y prestigio de las fiestas para la apo-
 teosis de tan ilustre conterráneo; y,

3º Que las virtudes cívicas, superiores dotes intelectua-
 les y su esclarecido genio, le hacen acreedor a la mereci-
 da glorificación resuelta por sus conciudadanos,

Acuerda:

Art. 1º Declarar al Sr. Dr. Dn. Remigio Crespo Toral
 hijo predilecto de la ciudad de Cuenca.

Art. 2º El cuatro de Nbre. obsequiará la Municipalidad en
 nombre del pueblo del Azuay, al Sr. Dr. Dn. Remigio

Crespo Toral, una medalla de oro en el Concejo solemnizado que se verificará en los salones del Ayuntamiento.

Art. 3º Dejar constancia que la coronación del Sr. Dr. Crespo, es un acto de merecida y estricta justicia, a que se ha hecho acreedor por sus virtudes ciudadanas, distinguido ingenio, y fecunda, sobresaliente labor intelectual.

Art. 4º Una copia de este acuerdo, se le remitirá al Sr. Dr. Remigio Crespo Toral, como testimonio de la admiración del Municipio cuencano y para que pueda usar públicamente la condecoración, acordada por este Concejo.

Esta Ordenanza regirá desde el día de su promulgación.

Comuníquese a la Jefatura Política, para su ejecución.

Dado en el salón de actos del I. Concejo, el 27 de Obre. de 1917.

El Presidente del Concejo, Octavio Díaz.—

El secretario Municipal, Aurelio Ochoa.

Cuenca 30 de Octubre de 1917.—Ejecútese y publíquese en la forma legal.—A. Carrasco.—El secretario, M. Salcedo Carrasco.—Es fiel copia de su original.—Cuenca 4 de Nbre. de 1917—El secretario Mpal., Aurelio A. Ochoa,---

DISCURSO

*del Sr. Dr. D. Rafael M. Arízaga, pronunciado en representación de los Comités de Cuenca en el acto solemne de la coronación del gran poeta azuayo Remigio Crespo Toral, en la Plaza Calderón. **

Compatriotas:

Cuenca llega en este día a la espléndida realización de sus gloriosas aspiraciones: el noble propósito inspirado por la docta Universidad del Azuay, convertido luego en un anhelo general de los ecuatorianos amantes de las verdaderas glorias nacionales, va a ser cumplido: vamos a ceñir con el laurel de los inmortales la noble frente del egregio poeta, D. Remigio Crespo Toral, gloria purísima del Azuay, honra de la República ecuatoriana, orgullo de su ilustre solar y de su raza.

Realizada, poco ha, la apoteosis del venerable anciano que acertó a demarcar con haces de luz la tierra afortunada en que se mecía su cuna, faltábale a la familia nacional el alto homenaje debido a este otro Grande de las Letras; a este nuevo gallardo triunfador en los juegos olímpicos del arte y del talento; príncipe flamante del apolíneo imperio, que desde edad temprana supo abrir para sí, golpeándolo airoso con cetro de oro, las duras puertas de la celebridad y de la gloria. Congratulémonos, compatriotas, de haber hecho por cumplir este imperativo de la conciencia nacional; de haber reunido para ello, en un solo corazón, las voluntades de todo cuanto vale, de todo cuanto brilla, de todo cuanto tiene autoridad entre nosotros: príncipes de la Iglesia, altos dignatarios de la República, magistrados y legisladores, Municipios y academias, corporaciones científicas y literarias, asociaciones estudiantiles y populares; los representantes del saber, los cultivadores del arte: los ecuatorianos todos, no insensibles a los estímulos del honor y de la gloria. Ni podía faltar en el general concierto la adhesión afectuosa, el voto más que todos simpático de la mujer ecuatoriana, personada este momento en el brillante grupo de damas del Azuay, aquí presentes, entre las cua-

†. El Dr. Arízaga representó por delegación especial a los Srs. Presidente de la República, Ministros de Estados Unidos, Chile, el Perú y Bélgica, Academia ecuatoriana correspondiente de la Real de España, Academia de Abogados de esta ciudad, varias Municipalidades de la República, Clubs de la "Unión" y "Metropolitano" de Guayaquil, y a todos los delegados del acto de la coronación.

les, si no abundan, acaso, las "Lesbias de larga cabellera, artífices de versos inmortales", son muchas, en cambio, gracias sean dadas al Cielo, las Cornelias, las Mónicas y las Isabeles.

Y hemos escogido para la glorificación de nuestro insigne compatriota uno de los días en que esta noble ciudad de Cuenca celebra el glorioso aniversario de su nacimiento a la vida independiente de la república, porque entendemos que el quebrantamiento de todo yugo y el perfecto dominio de sí propio son en la vida de los pueblos, condición indispensable para que el genio bata las alas poderosas, se cierna en las regiones infinitas de lo grande y de lo bello y cumpla su misión providencial en el tiempo y en la historia. ¿Ni cómo celebraríamos mejor las fiestas patrias, que presentando ante el mundo, glorificada por sus contemporáneos, la figura de un gran patriota, figura escultural y brillante, que sólo pudo fundir en los moldes del genio el fuego sagrado de la libertad?

Bien conocéis, Señores, con cuán regaladas frases han tributado aplauso todos los hombres de letras de la República, al pensamiento de la coronación de Crespo Toral: pues bien; si a mí se me pidiese concretar, en este momento, en una sola, todas aquellas frases, no por lisonjeras menos justas, yo explicaría el entusiasmo por esta coronación, diciéndoos solamente: es que en Crespo Toral vamos a coronar a un gran patriota.—Patriota como poeta de alta y poderosa inspiración; patriota como escritor docto y profundo; patriota como historiador, de recto e imparcial criterio; patriota como sabio jurisconsulto; patriota como maestro y como legislador, como crítico y como esteta: patriota, en fin, en todas las esferas de la actividad de su vasto y multiforme ingenio. Digno era, pues, el acto grandioso en que nos hallamos, de formar parte del programa de celebración de la gran fiesta patriótica cuencana. Glorificamos a la patria, en el hijo que más ha sabido glorificarla.

Pertenece Crespo Toral a una generación que vino a la vida cuando la leyenda de oro de la recién deshecha grandeza colombiana alimentaba el ensueño de gloria en todos los corazones juveniles, en esta porción meridional del continente. ¿Fue un bien para los pueblos de esta parte de América la formación efímera de la república colombiana? ¿Fue ventajosa para el porvenir del Ecuador la unión pasajera que la constituyó un momento parte integrante de la gloriosa nacionalidad proclamada al son de las trompetas vencedoras de Carabobo, Boyacá y Pichincha? La filosofía de la historia lo dirá algún día. Pero es lo cierto que ni nuestros padres ni nosotros mismos nos habríamos conformado jamás con no haber sido parte en el grandioso con-

cierto boliviano, y que por nada del mundo nos habríamos resignado a que la gran epopeya colombiana dejase de tener uno de sus más brillantes episodios bajo el glorioso sol del Ecuador. ¡Colombia! ¡Bolívar! qué nombres para el patriotismo ecuatoriano!.....

Pues bien: era en 1882, e iban a cumplirse pronto los cien años del natalicio del gran Libertador.

Un joven intelectual, conocido hasta entonces sólo en la intimidad de ciertos círculos literarios, y que no contaba aún veintidos años, redactaba por ese tiempo, en esta ciudad, un semanario de modesta forma, pero de amena e interesante lectura, publicado a la sombra y bajo el paternal auspicio de un varón eminentísimo, el santo y Venerable Obispo Esteves de Toral, de grata e imperecedera memoria. Los lectores del "Correo del Azuay" fueron un día sorprendidos, y lo fué luego toda la República, con la lectura de un admirable editorial, vibrante de elocuencia, lleno de juicios y apreciaciones del criterio político más elevado, y dirigido al fin de levantar el entusiasmo de todos los ecuatorianos para la digna celebración del Centenario del creador de Colombia y redentor de un Continente. El nombre del joven redactor, Remigio Crespo Toral, voló por todos los ámbitos de la República. El resultado de la propaganda fué inmenso; la secundó toda la prensa nacional; la hicieron suya las corporaciones y centros literarios; y el Centenario de Bolívar fué, en el Ecuador, fiesta digna de la gloria del Gran Campeador sudamericano.

Parte de aquellos festejos memorables fué la provocación de un Concurso poético en la capital de la República. ¿Quién sería el triunfador? ¿Quién entre nosotros se, llegaría "lleno de reverencia y santo miedo", a recoger la áurea lira del divino Cantor de Junín, para ensayar, segunda vez en tierra ecuatoriana, la epopeya del semidiós colombiano? La expectación del público literario era inmensa: sonaban, como en vago presentimiento, los autorizados nombres de Llona, Cordero, Mera, Zaldumbide, Borja.... ¿Qué otro poeta de los nuestros podía sentirse con aliento bastante para tan arduo empeño?

Cuán grande e inesperada sorpresa! Súpose, al fin, que el vencedor en el certamen era el bardo cuencano, casi adolescente, Remigio Crespo Toral. Y la sorpresa se trocó en verdadero pasmo, cuando las prensas de la República dieron a conocer los "Últimos Pensamientos de Bolívar", obra de factura primorosa, poema en tres cantos, de entonación altísima, en la cual brillan en competencia el fuego sagrado de la inspiración; la maestría del artista, dueño del ritmo y dominador del verso; el aticismo de la dicción poética; la perspicaz mirada del filósofo; los juicios severos

del político; la amplia información del historiador; el sesudo dictamen del estadista y del patriota. Todo esto al servicio de uno como religioso culto a aquel espíritu superior, a aquel Prometeo encadenado, que en las postreras vigillas de Santa Marta, agitada la mente en mortal desasosiego, veía desfilar ante sí, como en visión dantesca—no en medio del camino de la vida, sino en su término doliente—los ensueños de su rebelde juventud; sus amores de un día; su eterno batallar; el surgir de escuadrones al conjuro de su voz; el huir de los vencedores de Bailén ante su paso; multitudes lanzadas a su encuentro con palmas y laureles; los trofeos de Carabobo y Boyacá; los cantos de victoria de Junín: en fin, la apoteosis, el delirio de la gloria, la embriaguez de la grandeza humana.... Después?... la ingratitude, la traición, el desencanto, el tedio de la vida; el puñal que brilla siniestro en las sombras de la noche; la confusión, la anarquía, el infierno de las pasiones humanas Y por último refugio, después de tanta grandeza y dolor tanto, Aquel que comienza donde todo acaba: el Infinito Dios....!

Córdova, el general—niño de Ayacucho, se abrió con una frase inmortal el Olimpo de la gloria: Crespo Toral, poeta laureado a los veintitrés años, se lo abrió asimismo, con la primera de sus grandes ~~acciones~~ acciones, la que llevó su nombre de un confín a otro de la República y le conquistó vítores y palmas en todas las naciones del Continente.

Pues ¿qué corazón americano podía dejar de conmoverse, al escuchar las sublimes palabras puestas en boca de aquel Mártir de la gloria, que agonizaba abandonado en la quinta de San Pedro?:

“Con gemidora voz, a mis oídos
cierzo invernal de la otra orilla zumba;
nieve del tiempo abate mis sentidos;
y baña el sol, con rayos desvalidos,
mi frente, helada ya como la tumba.

¡Oh sol, que triunfante señoreas
el trópico esplendente! Saludado
por mí, en las luchas de la muerte, seas!
como en Junín aun regio centelleas,
aun me siento en tus rayos abrasado!

Quando en mi corazón prendió tu fuego,
mi espíritu los genios agitaron;
me atormentó febril desasosiego,
sentí gigante afán; y luego, luego,
los Andes redentor me saludaron.

.....

Y hoy, en la cumbre de los cielos, luces,
antorchas de solemnes funerales,
y tu carro sin séquito conduces,
mientras se enredan a funéreas cruces
de Colombia las palmas inmortales.

.....

¡Colombia, grande cual Minerva fuerte,
hija gentil del pensamiento altivo,
¡te aguarda la ignominia de la muerte!
¿Mancillada caer podré yo verte?
Si tú vas a morir, ¿para qué vivo?

.....

.....

El recuerdo ominoso de la conjuración de Setiembre, verdadera ignominia de la historia americana, es de un efecto sin igual: arrancaría lágrimas a los mismos demagogos que se mancharon en aquella acechanza oscura:

“Vivir creí con Régulo y Fabricio,
cerca del inocente Cincinato;
mas, corrompido el popular comicio,
con Catilina alzó la frente el vicio,
y el infame puñal Bruto insensato.

.....

Es media noche! En el silencio, inerte
reposa el codiciado capitolio;
allí mi espada con la gloria duermo....
¡Si pudiera a las iras esconderme!
Llega el puñal! es un cadalso el solio!

.....

De la revuelta escúchase el estruendo,
la sangre corre ya de la matanza;
y mi cabeza sin cesar pidiendo
la turba corre; en tanto yo desciendo,
y la sombra me escapa a la acechanza.

.....

Y muerto por el vértigo y la afrenta,
caigo en el fango de la puente oscura;
sobre mí el rayo del furor revienta.....

inegra noche de víctimas hambrienta,
 ábreme, en tus tinieblas, sepultura!

.....

¡Rayo del cielo!... ¡Caiga cual montaña,
 Caín, mi maldición en tu cabeza!
 Grande cual la de un tigre fué tu saña!
 ¡Lauros a tu valor, gloria a tu hazaña!
 Admire el mundo tu inmortal proeza!

La oración final, la sublime despedida del héroe, a quien no le quedan en los supremos instantes sino la serenidad de la conciencia y la esperanza en Dios, son el golpe final de lo patético en el gran poema de Crespo:

“Señor, escucha mi última plegaria,
 benigno atiende la oración de un muerto!
 En tí espera mi patria solitaria:
 ¡sálvala, acabe la ansiedad diaria,
 y arribe, al fin, a sosegado puerto!

.....

“En mi heredad cual huésped extranjero,
 los brazos tiendo en anhelar profundo;
 tu angusta soledad tan sólo quiero,
 ¡clemente Dios! porque en tu amor espero,
 que Tú comiences, cuando acaba el mundo!

.....

¡Salve! Despunta la eternal aurora,
 Del Edén los serenos luminaires
 se encienden... Voime ya: colgaré ahora
 de mis luchas la espada vencedora,
 ¡Dios de mi corazón, en tus altares!

.....

Tal es el poema “Últimos Pensamientos de Bolívar”. Su publicación hizo que el nombre del Ecuador se pronunciará con afecto por todas sus hermanas de tradición boliviana; pues desde los días del divino Olmedo, nada más grande ni mejor se había oído en glorificación del semidiós Colombiano. Olmedo y Crespo Toral, el cantor de los triun-

fos y el cantor de las tristezas de Bolívar, completan, al través de medio siglo, el lustre de las letras nacionales: cuánta honra para la patria!

Pasaron pocos años, y la suerte volvió a presentar al bardo ecuatoriano la ocasión de ser otra vez el vocero y representante de su patria, en una nueva empresa, digna de sus primeros triunfos.

Desde el último cuarto del siglo XIX, restañadas las heridas que en el alma americana abriera la crueldad de los Boves, los Sámanos y los Morillos; serenados los espíritus con la tranquila posesión de la libertad que supimos conquistar, la reflexión filosófica, destruyendo odios y preocupaciones, restableció a través de los mares una doble corriente de mutuo afecto y simpatía entre la madre España y las Repúblicas de América, sus antiguas colonias. A ese estado de los espíritus respondió la idea de la "Unión Ibero—Americana", que nacida en la península, halló eco simpático en todos los corazones americanos. El Ecuador, en donde tanto se amó la herencia castellana, no podía permanecer indiferente a este hermoso movimiento hispanófilo.

Varios centros Ibero—Americanos se organizaron en nuestras principales ciudades; se puso a la moda el recuento de lo mucho que, en verdad, debemos a la patria inmortal de Fernando y de Isabel, a la gran nación que un día rigió altiva el imperio más grande de la tierra; y bajo el influjo de tan simpática corriente, la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Real de España, provocó, en 1888, un concurso poético sobre el tema: "América y España en lo porvenir".

Gran argumento para el estro soberano de Crespo Toral: él "poeta que afirma y monta en engaste de oro purísimo americano la lengua española, que tiene el noble orgullo de haber aprendido en el regazo de su madre", según dijo Ortiz de Pinedo; él, que sabe muy bien que "cuanto ha sido consagrado por el arte, por la historia o por la religión será siempre perenne e inagotable manantial de inspiración"; él, que amó desde sus primeros años a aquella raza española "en el fondo de cuyo sér quedan siempre las místicas esencias", a esa raza "que dejó en nuestras montañas la herrrosa y doliente pasión de lo infinito"; él, que había alimentado su culto por el arte en el estudio de los grandes maestros del siglo de oro de las letras castellanas, no podía dejar perdida la ocasión de arrebatar nuevos lauros en el torneo provocado por nuestra Academia de la lengua.

Y como era de esperar, el triunfo fué suyo. «América y España» fué el título del nuevo poema, que el público

de la Capital ansiaba por ver dado a la estampa, cuando fué informado de que el autor haría él mismo la presentación de su obra ante el gran público. La noche designada para el efecto, se vió llenarse el teatro «Sucre» de cuanto había de notable en la Capital de la República; y fué lo más selecto de la intelectualidad ecuatoriana quien confirmó entonces el veredicto del jurado calificador.

Tiene Crespo Toral, bien lo conocéis, el don, que no el arte, de transformarse cuando, en ocasiones solemnes, comparece en público a usar de la palabra en cualquiera forma: varón tan modesto, tan sencillo, tan ingenuo y campechano en el trato social diario, se transfigura en la tribuna; diríase que hay un dios que le fatiga y le arrebatata, o que la inspiración, que en él sobreabunda siempre y no alcanza—como él mismo lo apunta— a vaciarse íntegra en el deficiente molde de la forma. halla en esos momentos muda pero grandiosa expresión en su frente, en su mirada, en su porte gentil, en el acento vibrante de su voz, y completa y abrilanta, con la acción y el movimiento, el efecto de su discurso o de su estrofa. Nunca fué esto más cierto que la noche a que este recuerdo se refiere: el poeta laureado estuvo espléndido, cuando en medio de una salva de aplausos, hizo su aparición, y rompió el canto:

“América gentil, la que al futuro
 lleva el paso triunfal y llevó un día,
 España, de tu imperio el yugo duro
 y el cetro de tu gloria, hoy se adelanta
 al castellano hogar, como solía,
 y, aunque ayer destrozó con lucha ruda
 tu espada secular, te ama y te canta
 como en la hermosa edad de tu osadía.
 Y pues la tierra americana escuda
 de ibérico valor la gallardía,
 y es castellana aquí toda grandeza,
 tu América, ¡oh España, te saluda!”

No se necesitaba más para conocer que quien pulsaba la lira, en honor de la madre Iberia, era un artista del estro de Quintana o de Gallego, y que todo el canto se había de prolongar por las altas regiones del más apasionado lirismo. El amor patrio —pues patria de los hispano americanos es la vieja y gloriosa España—, galvaniza el alma del poeta y palpita en cada verso de aquél grandioso poema. Cómo clama, al contemplar negra y rota por la injuria de los tiem-

pos, la antigua áurea corona de los victoriosos reyes de Castilla!:

“¡Ay, cuánta afrenta en el senado humano!
 ¡Y qué arhelos en mi alma soñadora
 por contemplar, regido por tu mano,
 el cetro de los siglos
 que te arrancó soberbia vencedora.

“Quiero el reñir airoso de la espada,
 del ingenio y las armas la realeza,
 la fe, que salva en la tormenta airada,
 de las lides el lustre y la grandeza,
 la voz robusta, el ánimo altanero,
 ¡España, el siglo de tus glorias quiero!

El poeta recorre los campos de la historia, y, a un tiempo mismo Tácito y Tirteo, como diría Núñez de Arce, ora evoca las ínclitas proezas que hicieron de la tierra del Cid y de Pelayo la reina de las naciones de Occidente; ora lanza clamoroso apóstrofe, que llama a la familia hispana a nuevo pertinaz asalto en los campos del honor y de la gloria. Cuán digno de apasionada alma castellana este pasaje.

“Española es la altiva carabela
 que un mundo virgen arrancó al misterio;
 español el valor y la fortuna,
 la audacia loca y el ardor fecundo;
 la aventurera sed, que hasta la cana
 de la luz lleva el paso,
 y el sol es castellano, que hubo un tiempo
 en que el sol en España no halló ocaso!

¿Y dónde sino en ella la osadía,
 la arrogancia que impera,
 la fe que salva? España, España sola
 distribuyó la tierra, y altanera
 dijo: “Español es el honor”, y dijo:
 “La gloria es española”....!

El poeta se entrega luego a la visión del porvenir, y formula así los votos de su alma soñadora:

"Y luego un magno sol de un nuevo imperio
 presidirá los mundos!
 No hallará ocaso en su ínclito hemisferio
 rey de los días del honor fecundos!
 ¡España, ya te impulsa
 el aliento de un Dios: la luz no tarda!
 Arrogante e impávida y convulsa
 levántate: se enciende el nuevo oriente,
 ¡Dios te bendice! ¡América te aguarda!

El poema "América y España" dejó confirmada y ejecutoriada la nombradía poética de Crespo Toral, dos veces laureado en la florida primavera de sus años; y cuando, pasado algún tiempo, fué el autor a Madrid, en desempeño de una alta misión que el Gobierno de su patria le confiara, aquel inspirado canto le abrió la entrada de los círculos literarios más distinguidos de la gran metrópoli. La madre España pudo inscribir el nombre de Crespo Toral junto a los más esclarecidos de que se gloria la lírica castellana; y la modesta Cuenca de las Indias llegó a emular la gloria de la legendaria Cuenca de los viejos marqueses de Cañete.

*
 * *

Razones de analogía en la índole de la creación poética me han llevado a hablaros de "América y España", después de los "Últimos Pensamientos de Bolívar"; pero entre estas dos grandes creaciones del numen patriótico de Crespo Toral, se levanta a manera de altarcillo erigido en la campiña, entre rosas y azucenas, la construcción más bella, por más íntima, de su genio soñador; la joya de sus joyas, aquella que, por especial predilección, quiso él llamar "Mi Poema". "Mío, nos dice, porque en él puse lo mejor y más acendrado de mis sentimientos: el amor a mi madre, las escenas del hogar campesino y aquella nota mística, que tal vez no volverá para mí, en las arideces de la vida ordinaria y los desgarramientos y luchas de la existencia. En esos vastos se encontrará al cantor de los Andes, que admiró las perspectivas ilimitadas de la poesía de las cordilleras, la rústica felicidad de las aldeas y de los páramos, el amor de la lumbre en las granjas y cabañas de la sierra, la Nochebuena pasada entre las rocas del monte, al mugir de los torrentes que se descuelgan de los picos altísimos".

He ahí el contenido de la obra, ingenuamente expresado por el mismo poeta. El plan de la ejecución es sencillísimo: es, pudiéramos decir, la confesión de una alma joven que, llegada a aquella edad en que la pasión y la duda comienzan a husmear en la intimidad de la conciencia, se repliega sobre sí misma, herida de la nostalgia de los místicos ensueños; rememora y canta los días de inocencia de la primera edad, los describe con la ternura de un amor cuyo encanto no se ha desvanecido aún ante las frías realidades de la vida; y, tímida golondrina que ha ensayado el vuelo en los mal seguros ámbitos del espacio, mientras se anunciaba la tormenta y "pasaba el trueno rodando en las montañas", pide volver, como a doliente pero seguro asilo, al modesto alar del campanario de la aldea. ¿Lo queréis recordar?

"Tregua al dolor! Es dulce a las primeras
horas volver, abriendo las ligeras
alas de la memoria,
y adormirse a los trinos
del ruiseñor del cielo, los divinos
sones robando al himno de la gloria.

"En este cuerpo, de dolor transido,
cante otra vez el niño; y el vaguido
de su estrofa inocente
traiga de nuevo el ritmo no enseñado,
que, como insecto alado,
en las entrañas palpar se siente.

"Amor! ¡El infinito
amor, seno bendito
do se asila la pena! Aun me consume
su apacible recuerdo; su ambrosía
queda en el alma mía,
cual del vino, en el ánfora, el perfume".

A tan bello prelude síguense luego la añoranza dulcísima de los pasados días de la infancia y la descripción de las escenas entre las cuales se deslizó la vida del niño, en medio del afecto maternal, el ensueño de la gloria y los cuadros encantadores de la vida de nuestros campos, de nuestra exuberante y espléndida naturaleza andina. Y es aquí donde el poeta ha puesto toda la ternura de su alma enamorada del terruño, todo el primor de su pincel de artista soberano; aquí es donde Crespo Toral se erige en creador de nuestra

verdadera poesía nacional, nacida del sentimiento íntimo de nuestra naturaleza, inspirada en nuestras costumbres y nuestras creencias y tradiciones: aquí es donde él conquista el inmenso afecto de su pueblo; de este pueblo que cree lo que él cree, que ama lo que él ama, y que ve en la obra poética de su vate predilecto la expresión primorosa de cuanto él mismo siente en lo más íntimo de su sér. Nadie, antes de Crespo Toral, había escrito entre nosotros estrofas como estas:

“El valle, cual colmado canastillo,
luce su pompa al brillo
del sol; riega el moral en el sendero
las blancas flores y el purpúreo grano;
y el maíz en la cuesta y en el llano,
corónase de plumas altanero.

“Excelsos montes, cordillera andina,
donde el sol en los páramos reclina
la coronada frente! ¡Cuál se exprime
en aquesta planicie ilimitada
del misterio la lengua no escuchada
y el idioma sin voz de lo sublime!

“Rompiendo las murallas de la roca,
abren las aguas tumultuosa boca,
y allí se lanzan, y ensordece el grito
rugidor de la hirviente catarata.....
y más allá, la soledad ingrata,
la selva oscura, el páramo infinito”.

Pero el alma verdadera del poema es la aspiración mística. El poeta se lo dedicó a su santa madre, como homenaje de gratitud y de ternura, para devolverle en filigranas de factura vaporosa el oro acrisolado de la fe y del amor a María, que aquella extrajo del cuarzo purísimo de su alma, para depositarlo en la del tierno niño y mantenerlo con exquisito celo, a través de las crisis de la adolescencia y de la juventud. Todo el poema transpira olor de incensario y difunde en el alma el inefable deleite de una piedad honda y sentida. Imposible leer sin verdadera emoción estrofas como estas:

“Era la de los lirios tu hermosura;
tu faz la blanca lumbre de la altura;
desplegábase el labio a la sonrisa
como al roció el cáliz de las flores;

y, cítara de amores,
era tu voz la voz de mansa brisa.

“Llamándome—¡Hijo mío!—
como tuviese frío,
me abrías tu regazo; y mi cabeza
reposaba a la sombra de su dueño....
¡Ay, fugitivo ensueño!
¡Sublime amor de espiritual belleza!

Y ¿qué místico del siglo de oro de las letras castellanas—la seráfica Teresa de Jesús inclusive—no suscribiría ufano esta otra estancia?:

“Blanco botón de lirio
que enrojece la sangre del martirio,
de nuestra cordillera soberana
recuéstate en las pajas virginales;
y sean tus pañales
los musgos de la selva americana”.

Termina “Mi Poema” con el tierno y delicadísimo idilio de Isabel. ¿Es esa una pura fantasía del poeta? ¿Es una creación o una reproducción? ¿No es ese diamante de aguas purísimas la cristalización de una lágrima arrancada por el recuerdo de la pasión primera? Respetemos los secretos íntimos del alma del poeta, y digamos tan sólo, dentro de los límites de la apreciación estética, que la poesía amoratoria, tan escabrosa a pesar de su aparente facilidad, no tiene en la literatura ecuatoriana algo más delicado, más espiritual que el idilio que cierra con broche de oro las páginas encantadoras de “Mi Poema”. Sólo la “Leyenda de Hernán”, de la cual no he de hablaros hoy, para no quitarle la mínima parte del interés con que todos esperáis su aparición, os hará gustar en breve bellezas comparables a las del dulce idilio de Isabel.

En la historia de nuestra literatura y de nuestras costumbres será considerado “Mi Poema” como la consagración en el arte, de un sentimiento—de índole peculiar en las comarcas azuayas—, de amor filial y como si dijéramos trovadoresco a la Santa Madre de Dios: sentimiento cuya raíz primera habría que ir a buscar en la herencia castellana; pero que en tiempos recientes han contribuido a convertir en una idealidad poética, los unos desde la cátedra sagrada y los otros con la lira, Vicente Cuesta y Federico González Suárez, Julio Matovelle, Miguel Moreno y Honorato Vázquez. Y he aquí por qué “Mi Poema”, que

es la obra predilecta de Crespo Toral, el escudo nobiliario de su cerebro, al decir de un crítico español, será también siempre y por siempre, para el afecto de sus conterráneos, muy especialmente para el corazón de la mujer cuencana, la joya de más subidos quilates del privilegiado orfebre del Azuay.

Os he detenido, Señores, a contemplar las tres grandes producciones "Últimos Pensamientos de Bolívar", "América y España" y "Mi Poema", por ser ellas, históricamente, lo primero de la obra poética de Crespo Toral; pero estos como excelsos monolitos cincelados en Paros, no forman sino el vestíbulo de esa especie de Luxemburgo riquísimo, donde el grande artista guarda la abundante colección de sus mármoles menores; menores en dimensión, que no en el primor de la escultura viva y palpitante. Quien contempla esas obras, se imagina que han sido extraídas, sacudido el polvo de los siglos, de la sagrada tierra de Olimpia o de la Acrópolis de Atenas. Tal es la perfección de su helénica belleza!

La labor poética de Crespo Toral es verdaderamente inmensa. A la producción de sus grandes poemas se ha seguido, en pocos años, un número prodigioso de poesías: ya de argumento libre o de ocasión, ya formando colecciones de plan y denominación preconcebidos. Cuéntase entre éstas: "Leyendas de Arte", "Los Inmortales", "Los Genios", "Idilios del Sepulcro", "El Regreso", "Vistas de las Cordilleras", etc. Las obras de Crespo Toral, poeta, dan para la formación de unos cuantos volúmenes, suficientes para hacer la reputación de muchos autores, por la perfecta intuición de la belleza, por la excelencia del procedimiento artístico, por la múltiple y siempre acertada selección del argumento. Crespo imprime en todas y cada una de sus obras el sello de su poderosa individualidad: es un poeta que canta como cantaron los mejores maestros de la lírica castellana, pero con orientación tan nueva, con caudal de ideas y de formas tan peculiares suyas, que quien ha saboreado dos o tres de sus magnas creaciones, no las olvida jamás ni las confunde con las de otro cantor alguno. Nacido en un país de altas, azules montañas, Crespo Toral es el poeta de las cumbres; vive en los Andes del arte y la belleza, y deleita su alma con cuanto hay de grande en el espacio y en la vida, en la historia y en el mundo inmortal del pensamiento. Qué temas los de sus cantos! Moisés y Elias; David y San Pablo; Píndaro y Dante; Rafael y Miguel Angel; Béethoven y Mozart!

Poeta clásico, por su amor a la antigüedad—que llega hasta las aficiones bíblicas—, y por la ática pureza de las formas, es poeta que comprende la misión del arte ante

la evolución incesante de las ideas y la marcha del mundo y del progreso; y si un día canta a Elías

“El torbellino le empujó a la cumbre,
y al vértigo del vuelo,
El torbellino, en círculos de lumbre,
le arrebató hasta el cielo;

otro día pasa de los campos de Bethel a las babilonias de las urbes modernas, y exclama:

“Y qué? no veis cual luchan . . . obreros—los gigantes?
No truena el yunque al golpe del ciclope tenaz?
¿Y riscos no amontonan titanes arrogantes,
Héroes—los del trabajo, genios—los de la paz?

“De la caldera hirviente brota el monstruo divino,
Que escala cumbres, rasga en el antro el camino,
Sobre el granito hincando las garras de león.
Va al centro del océano y al fondo de la mina,
Las fuerzas avasalla, y conquista y domina,
Libre como los vientos, fiero como el ciclón.

“Su aliento de tormenta, para la recia hechura,
De las máquinas, mueve la vasta envergadura;
El eje cruje, vuelan las ruedas a compás;
Las poleas se entregan al vértigo, y arranca
A la inercia potencias ocultas la palanca,
Que los mundos inclina con su soberbia audaz.

Artista y maestro de artistas al mismo tiempo, traza la ruta que han de seguir los apuestos caballeros del Ideal, y, dictado el canon de las “nuevas liras”, concluye:

“No rumbos conocidos ni inevitables metas
cortan el vuelo a la áurea, feliz inspiración.
Es la hora del canto! Cantad altos poetas,
el himno de la tierra, del siglo la canción”.

La lengua, el verso, la estrofa son dóciles instrumentos de que el poeta dispone a su sabor: su léxico es enorme copia; toda idea halla en su mente la expresión más nítida y exacta; sus epítetos hieren en el blanco, ligeros y brillantes como las flechas de Apolo. Ensaya todos los géneros, desde el canto épico hasta el madrigal; toda combinación métrica le es igualmente fácil, desde la seguidilla de Selgas

hasta el soneto; desde el modesto verso de seis sílabas hasta el de dieciseis, tan del gusto de algunos novadores. Y es de ver cómo emplea este último, no en el culto modernista de Epicuro, sino para cantar al gran Apóstol de las gentes:

“Es el genio peregrino, que no duerme que no calla,
que en el ritmo envuelta lanza sobre el mundo la verdad,
y en las tierras y en los mares, cual sonora tromba estalla,
esparciendo olas de fuego por la abierta inmensidad”.

No hay forma alguna del pensamiento poético en la cual no puedan ufanarse las letras ecuatorianas de presentar un modelo magnífico, tomado del inmenso repertorio de Crespo Toral. Sus elegías son piezas acabadas, donde campea todo el vigor de un espíritu contemplativo y filosófico, la alta penetración de los misterios de la vida y del dolor y una sensibilidad exquisita, que llega a lo patético, sin esfuerzos ni contorciones. Núñez de Arce, el inspirado cantor de Ríos Rosas, gustaría de hombreadse con quien compuso los inimitables tercetos a la muerte del ilustre y benemérito Cevallos Salvador; y el gran maestro Lista escucharía con embeleso este apóstrofe, arrancado por el recuerdo de un gran dolor del alma nacional, nacido de un eterno baldón de nuestra historia:

“Oh buen Señor Jesús, quier nos dijera
que, en esta tierra, do tuviste asiento,
y encontraste la excelsa cordillera
el Siná de tu amante Testamento;
un día ¡infausto día!
hallaras ¡oh Divino Solitario!
la cruz de la agonía
y la eterna ignominia del Calvario!”

La musa patriótica del Vate cuencano bebe también en la bullidora fuente del inmortal cantor de los juegos píticos; y en todas las grandes crisis del espíritu nacional levanta el ánimo de sus compatriotas y le inflama en el fuego sagrado, inspirador de las magnas acciones. Entre sus cantos de este género se cuentan: “La Canción de la Bandera”, “Sucre”, “Calderón”, “Al Porvenir”, “Corceles y Cóndores” y otras y otras más; todo un florilegio de cantos pindáricos, que se han convertido en otras tantas hojas de laurel, de la corona que ha de ceñir la frente del gran Poeta de la Patria.

*
* *

Pero la naturaleza realiza en Crespo Toral una obra sorprendente, pocas veces repetida en la historia de las letras humanas. El gran poeta y el gran prosador son, en todas las literaturas, astros que giran en órbitas distintas: uno es Virgilio y otro Marco Tulio; uno Lope y otro Cervantes; uno Olmedo y otro Montalvo. Crespo Toral, poeta de altísima y fecunda inspiración, es al mismo tiempo escritor de primera talla, prosista que mueve la pluma con singular maestría, y que ha escrito y puede escribir "*de omni re scibili*".

Su preparación clásica; su perfecto conocimiento de la lengua; su gusto acrisolado; el sello peculiar que imprime a la expresión de sus ideas y el caudal de su vasta erudición hacen de él un escritor fecundo, de estilo propio y brillante, capaz de emular a los mejores prosadores de la patria de Donoso Cortés y Juan Valera. Dúctil y maleable en la prosa, tanto como en el verso, se ha ejercitado en todas las formas: desde el libro hasta el editorial de periódico; desde el discurso académico hasta el cuento; desde los "Poemas en Prosa" hasta las prosas abogadiles: correcto siempre, siempre pulcro y atildado, todo un caballero de la pluma.

Sus trabajos histórico-jurídicos en defensa de los derechos territoriales del Ecuador le exhiben a un tiempo como gran patriota, infatigable investigador y docto internacionalista. Año tras año y cada vez que nuestros adversarios pretenden crear una nueva situación o ensayan un nuevo argumento, el infatigable Stein vuelve a la brecha. La colección de los escritos que ha dado a luz en esta materia, con el título de "Pleito Secular" forman ya voluminoso libro, donde la erudición y la ciencia jurídica, realizadas con todas las galas del bien decir, brillan a la par y llevan el convencimiento al ánimo del lector. Jurisconsulto y publicista insigne, tiene la alta honra de que su patria haya solicitado su sabio patrocinio, en días de suprema ansiedad, nombrándolo Consejero de la Misión especial ante el gobierno de España.

La palabra de Crespo Toral da siempre la nota más vibrante en toda grande ocasión de interés nacional. Sus discursos, sus disertaciones, sus "Notas" tienen fuerza de autoridad: sus frases se convierten en apotegmas, que repiten sin enfado hasta sus mismos adversarios.

Polemista valeroso, defiende a pecho descubierto sus ideas, señaladamente en el campo político-religioso: es el Carlos Martel de su partido, como del eminente colombiano Mar-

tínez Silva decía nuestro Llona: plantea la tesis con lucidez brillante; fatiga al adversario con el vigor lógico de su argumentación; le hostiga con la réplica crudita; y en el momento supremo de la lucha—lo ha expresado gráficamente alguno de sus críticos,—lanza sobre el opuesto bando, como los combatientes de Homero, los mismos muros de la ciudad sagrada que defiende.

El patriotismo, que es en él virtud altamente generosa, le lleva a la entusiasta admiración de cuantos hombres distinguidos han dado, en otro tiempo, gloria y nombradía a la República, en la política, en las ciencias o en las artes. Sus escritos están llenos de reminiscencias que revelan el noble afán de hacer luz de pública estima sobre nombres dignos de vivir en la memoria de la posteridad, y sobre los cuales la incuria de los hombres podría dejar que se amontone el polvo del olvido. Alguna vez se ensaya en la verdadera biografía, con la amplitud filosófica de Lord Macaulay, y entra de lleno en lo que la crítica moderna llama los "estudios personales"; esto es el examen filosófico de los antecedentes, del medio, de las circunstancias históricas en que se desenvuelve la acción social del individuo que se alza, por sus merecimientos, sobre el nivel común, y que, recibiendo la múltiple influencia de su época influye, a su vez, en ella, haciendo de su vida una parte interesante de la historia de la sociedad en que vivió. Las biografías de Crespo Toral revelan un espíritu crítico formado en el estudio de los grandes maestros de este género de literatura. Entre las que han visto la luz son notables la del Ilmo. Sr. Esteves de Toral y la del príncipe de nuestros estadistas y diplomáticos, el ilustre Don Benigno Malo. Y, seguramente, estáis recordando hoy mismo—bajo la penosa impresión del contraste— el brillantísimo estudio crítico-biográfico con que Crespo Toral hizo palpitar de emoción el mármol representativo de la figura legendaria de Cordero, al presentarlo, desde este mismo lugar, brillante como bañado en luz meridiana, el cuadro completo de la vida del prócer azuayo.

Además de los estudios biográficos, propiamente tales, hay que mencionar las célebres «Notas» de Stein, que contienen una verdadera colección de preciosos canafeos: figuras diminutas, labradas al vuelo, con la brevedad que imponen las exigencias de la prensa periódica, y que sirven para consagrar la memoria de todos los ecuatorianos distinguidos, que van rindiendo a nuestros ojos la jornada de la vida.

Y pues que he mencionado las "Notas" de Stein, debo hablaros ya de "La Unión Literaria", en donde ellas aparecen y a la cual han llegado a dar tanta celebridad.

Hay que recordar con pena, que el primer movimiento literario se desenvuelve entre nosotros, dentro de una at-

mósfera de marcada estrechez, y a las veces, de deplorable antagonismo entre los aficionados a los estudios literarios. El culto inocente del arte es mero caso de excepción: privan la controversia política, más o menos destemplada, y la polémica personal; y esas destemplanzas tienen prolongaciones que afectan todo propósito literario. Hay un contrincante en el campo de las letras, como lo hay en el de la política.

Esta disposición de los espíritus era contraria a todo progreso literario y de cultura intelectual. Muchos felices ingenios habían sucumbido, tal vez, a causa de la hostilidad del medio ambiente; y debió ser triste ver prevalecer sobre los demás aquellos escritores que sabían enristrar la pluma, como enristraban la lanza los llaneros de Páez. Somos deudores a Julio Matovelle del primer esfuerzo eficaz de verdadera confraternidad literaria, y a Miguel Moreno, Honorato Vázquez, Alberto Muñoz Vernaza y Remigio Crespo Toral, de la feliz coronación de aquel esfuerzo noble, cristiano y civilizador. El primero con la formación del Liceo de la juventud, y todos ellos con la fundación de la "Unión Literaria", iniciaron una nueva era, cuya culminación brillante es el estado de cultura de la nueva generación que se levanta.

Crespo Toral fué el alma de la "Unión Literaria" en su primera aparición y continúa siéndolo, a través de largos años de labor y de múltiples dificultades. Serán de gratísimo recuerdo en la historia de nuestras letras estas palabras suyas, en el sesudo editorial del número 1º de la "Unión":

"Cuando las amables musas huyen de la escena, presiden en el teatro los monstruos de la barbarie; y hasta la prensa—órgano bendito de la civilización—cae en poder de salvajes, al servicio de empresas de desvergüenza y oprobio.

"Tornen los queridos penates del arte a ocupar el albergue tranquilo de otros días; y los ánimos enloquecidos al comercio de las furias de la política, disputen el honrado laurel, en los certámenes de la emulación. Es feo hacer con la pluma viles oficios, e infame convertirla en puñal de bandoleros: la pluma que dignifica y eleva a las naciones, que crea las formas bellas y traslada al lienzo las portentosas imágenes, educa también a los pueblos, trae de la mano a la Gloria y redime del olvido a las sociedades, que sin ella, se confundirían más tarde en el vacío y la nada.

"A condición de que se respeten el catolicismo y las instituciones de la patria "La Unión Literaria" ofrece sus páginas a todas las escuelas que se mueven en el vasto mundo de la literatura, obedientes a los eternos principios de la Verdad y el Bien, que con la Belleza y en círculos

distintos, pero subordinados, constituyen la perenne armonía de los conocimientos humanos”.

NOVUS NASCITUR ORDO pudo exclamar quien leyese este como nuevo evangelio de las letras nacionales. Y en efecto, “La Unión” señaló un rumbo completamente nuevo a nuestras costumbres literarias. Como su nombre lo anunciaba y era el noble propósito de sus fundadores, ella ha sido como el jardín de Platón, donde los amantes del saber y los cultivadores del arte han podido congregarse, en comunión amable, sin antagonismos ni rivalidades de ningún género; ha mantenido en alto la bandera de la pulcritud intelectual; ha creado la benevolencia literaria, y ha dado tal impulso a los estudios, que puede considerarse como el más alto exponente de la intelectualidad ecuatoriana, como lo ha dicho algún crítico español. En ella ha ensayado sus fuerzas la nueva brillante generación que viene en pos de nosotros y nos reclama ya el puesto de honor en la escena de la vida; y hoy le dan lustre y esplendor poetas y literatos que acaso se mecían en la cuna cuando la gran Revista cuencana hizo su primera aparición, allá por 1893.

Crespo Toral inicia en la “Unión Literaria” una nueva disciplina: la crítica. La crítica erudita y trascendental, que tiene por alma las ciencias estéticas, la metafísica de lo bello, la filosofía del arte y el estudio de las literaturas comparadas. Erige cátedra, y habla desde élla, como hablaba el joven Director de la Revista de Edimburgo; como hablaba Sainte-Beyve en Francia, en la “Revista de dos Mundos”; como han hablado Menéndez Pelayo y Juan Valera, en España: con autoridad de maestro, con caudal de erudición, con exuberancia de buen gusto. Pero conocedor de las condiciones de nuestra incipiente cultura, aconseja y practica la benevolencia en la crítica; protesta contra “la desapiadada censura, que arrastra una personalidad literaria por las columnas del papel de imprenta, como sobre las gradas de un cadalso” y se lamenta de que haya quien continúe “la tradición odiosa y antiliteraria de aplicar las lentes de aumento, expurgar, voltear y escobillar las obras del ingenio ajeno”. De Mera a Crespo Toral, la crítica da un paso de inmensa trascendencia: se humaniza, se eleva y extiende sus horizontes. La labor civilizadora del docto humanista ambateño es así completada por el gran literato del Azuay.

En las páginas de “La Unión Literaria” campean las producciones científicas y literarias de Crespo Toral, junto con las de todos los mejores ingenios nacionales, jóvenes y provecos, a quienes invita, insta y estimula para la labor intelectual. Con singular modestia cede a sus amigos las páginas de honor, las columnas editoriales, y él reserva para sí la crónica, lo que él llama las “Notas”; pero su

cede que el puesto que él ocupa es siempre el primero, donde quiera que se halle; y las "Notas" han venido a ser la parte más saliente de "La Unión": el público las espera con ansiedad, las devora con avidez; la prensa periódica las reproduce íntegras: que en ellas está siempre la última palabra de la opinión ilustrada, sobre historia, política, literatura, artes y ciencias.

La inmensa labor científica y literaria de Crespo Toral, en revistas, periódicos y opúsculos; sus discursos académicos y parlamentarios; sus estudios sobre nuestros asuntos internacionales y lo mucho que guarda inédito sobre diversas materias, dan para una colección de muchos volúmenes, de nutrida, útil y variadísima lectura. Cuando esa colección se edite, comprendiendo los poemas del ilustre cantor azuayo, ha de llamar la atención de propios y extraños, al mismo tiempo que la erudición, la facundia y buen gusto del escritor y la alta inspiración del bardo soberano, la delicada pulcritud del caballero. No es raro que a un hombre de genio superior afeen sus obras con las destemplanzas de la pasión o las salpicaduras de la licencia. Los editores de las obras de gran Shakospeare han tenido que mutilarlas muchas veces, para suprimir chocarrerías—aun indecencias—que hoy no habría público bastante fuerte para tolerarlas. Las obras de Crespo Toral—prosa y verso—podrán editarse en todo tiempo, íntegramente, para toda clase de lectores, sin omisión alguna: están todas ellas escritas *ad usum delphini*. Sus mismos versos de amor, lo hemos apuntado en otra parte, están trazados con grande espiritualidad de sentimiento. El delicadísimo idilio de Isabel, las escenas de la "Leyenda de Hernán", "Graziela", "Última Lira", son piezas de una delicadeza exquisita: quien las saborea, comprende que, al preludiarlas en su lira, el ternísimo poeta tenía las manos olientes a nardo.

También el biógrafo de Crespo Toral podrá reproducir íntegramente el cuadro completo de su vida, sin reticencias ni reservas. Toda ella marcha en línea recta, por una senda de luz, revelando en toda ocasión al noble caballero del ideal, que enamorado del bien, de la belleza y de la gloria, realiza en sí propio aquella olímpica y entera grandeza del hombre de talento superior, de que él mismo hablaba en ocasión muy oportuna. Alto ejemplo de virtud y de decoro en todas las relaciones de la vida social, lo es asimismo en la inocente vida del hogar. A la entrada de su estancia, que embellecen las gracias y perfuman las virtudes de una compañera digna de las glorias del poeta, se mueve acompañado el reloj que lleva la conocida leyenda: *horas non numero nisi serenas*. Del corazón de oro del cantor de "El Nido" se derrama copiosa la felicidad de todos los seres

que cobija el ala paternal de su ternura.

* * *

Cuando alguien preguntó a Bonaparte, en cierta ocasión, qué concepto le merecía Goethe, el gran poeta alemán, dicen que aquel zahorí prodigioso respondió sencillamente: "Goethe es un hombre, todo un hombre": respuesta que — aseguran — agradó al creador de Fausto, más que tantas otras frases que le prodigaban la futilidad y la lisonja. Yo quiero hoy hacer mía aquella frase, Señores; y sin pretender un entero paralelismo, os diré también: Crespo Toral es un hombre, todo un hombre; y valga aquí, como en la ocasión que he recordado, el noble, altísimo sentido de la palabra.

Y este hombre que tanto ha honrado y servido a su patria: gran poeta y gran escritor; orador grandilocuente; cabeza y oráculo de un partido; legislador sabio desde sus primeros años; civilizador de la prensa; creador y fomentador de sociedades científicas históricas y literarias; académico de la lengua y miembro de muchas academias nacionales y extranjeras; verdadero artista de la palabra, el *arbiter elegantiarum* de las letras nacionales: este hombre tan bien dotado y de tan brillantes ejecutorias, que ha sido por dicha nuestra representante de la cultura ecuatoriana en naciones extranjeras, como Venezuela, el Perú, Chile, la Argentina, el Brasil y España; este hombre, digo, tan mimado por la fama y por la gloria, no ha sentido jamás en su alma el hábito de la presuntuosa vanidad, que cubre de roña a tantos espíritus mediocres. Modesto siempre y de encantadora sencillez en todas las relaciones de la vida común, da además como artista la más alta nota de la verdadera grandeza moral, cantando en acentos de inspiración davídica el himno sublime de la humildad:

"Señor yo soy el polvo
que los vientos arrastran:
¿cómo podré la compasión o la ira
tentar de tu mirada?"

¿Este humilde atomillo de ceniza
te pedirá venganzas?
El hisopo, esa afrenta de las rocas
demandará las flores de tu gracia?

¡ Señor, que no en mis huesos filtre el hielo
de la soberbia vana!

La frente en tierra, el orgulloso, el necio
 aguarde la caricia de tus plantas.

Y silencio! silencio! y tu camino
 de lejos siga yo; calle cuando hablas.
 Soy el suelo que pisas: se estremece
 ese suelo, al contacto de tu planta”.

He aquí nuestro hombre, compatriotas, nuestro grande hombre: grande por las excelencias del genio; grande también por la rara virtud de la modestia. ¿No era, pues, digno de que lo glorificásemos ante el mundo en las solemnes fiestas de la patria? Cuenca, su querida Cuenca le engendró a la vida y a la fama; y como le reservara altísimo destino, puso su limpia cuna en el seno de un hogar santificado por la virtud, y donde se reconocía como a “señor magnífico, magnate y jefe” a un príncipe de la Iglesia; Cuenca le formó para la vida del espíritu; y, madre ya de otros hijos ilustres, pudo ofrecerle para ejemplo: la intrepidez y profundidad de la mente de Solano; la caballerosidad y florida galanura de Malo; la austeridad republicana de Borrero; la pasión del canto y el afán docente de Cordero; el ensueño místico de Matovelle y de Moreno. Tal es lo que pudiéramos llamar el ambiente histórico en que fué formado este varón excelso, honra de la patria ecuatoriana, gloria purísima de Cuenca; de esta Cuenca por él tan querida, de esta tierra tan noble como infortunada, a quien, para redimirse de la postergación a que la condena un injusto destino, no le va quedando sino la fe en Dios y la virtud y el talento de sus preclaros hijos.

Mas... excusad! No era esta ocasión para la queja, sino para la gratitud; ya que en este momento de la apoteosis del grande azuayo, el corazón de toda la República palpita unísono con el nuestro, y voces de aplausos de ecuatorianos beneméritos nos llegan hasta del otro lado del Atlántico. No estamos, pues, solos ni olvidados; todos nuestros hermanos se interesan por nuestra gloria y nos acompañan en este acto grandioso; los altos poderes nacionales están aquí representados y lo están también nuestras provincias, ciudades y Municipios; nuestras corporaciones docentes y nuestros institutos. Sea para ellos la voz de nuestro reconocimiento.

*
 * *

En nombre, pues, de la República toda, yo os saludo, Ilustre Ecuatoriano, en la hora suprema de vuestro triunfo

inmortal: con la autoridad de todos vuestros compatriotas y os declaro excelso Poeta, grande e immaculado Ciudadano; y pues la Patria, por manos de sus más bellas y encantadoras hijas, verdaderas musas del Parnaso Ecuatoriano, os ofrece una corona de laurel, que la posteridad perpetuará en mármoles y bronce, permitid que cifa ya con ella vuestra frente. Prenda es de alta admiración e inmenso afecto: sea ella el símbolo de vuestra gloria, el blasón de vuestro escudo, el noble orgullo de vuestra tierra natal y de vuestra honrada descendencia.

Conciudadanos: nuestro deber está cumplido; vitoread al triunfador.

DISCURSO

del Sr. Dr. D. Remigio Crespo Toral

Aquí me tenéis sobre una cumbre a que no aspiré jamás, injusticiado por vuestro cariño, en la espectación de la celebridad; exhibido, no sé si para gloria o para afrenta, a la faz de la nación, que tiene derecho de pedir a un elegido suyo estrecha cuenta de los motivos de su fama.

¡Cuánta gallardía en vuestro homenaje! Sin emulación, con delicadeza de artista, con abnegación de sentimiento, renunciásteis a mi favor el galardón que muchos de vosotros merecáis, para honra de la patria. Así Bolívar y Sucre señalaron como predilecto de una jornada heroica a un manco, sobre el que lanzaron los reflectores de la gloria de Pichincha. Más que de justa, tiene vuestra manifestación de generosa: un alarde caballeresco, una gran hipérbole de corazón, una hermosa indulgencia de honor, en pro de quien lo reconoce en más altas inteligencias, tocadas de la luz del numen y caldeadas por la llama de la fuerza que hace las obras inmortales.

En la presente universal tragedia, cuando los grandes pueblos, que tanta parte han tenido en nuestra civilización y libertad, luchan como antiguos guerreros de gesta, descansando para combatir de nuevo, enloquecidos por la soberbia de la vida, que dijo el gran profeta de los tiempos modernos; en esta misma noche cimeria del mundo, habéis resuelto celebrar una fiesta de ingenio, al mismo tiempo que los fastos de vuestra emancipación; y arrancáis al si-

lencio y a la sombra a un forzado de vuestra magnanimidad, para hacer con él una escena de luz y de amor, en homenaje a la poesía, que ha enmudecido hoy en la tierra, impotente ante la inmensidad del motivo y la magnitud de la inspiración propia de las lúgubres horas de esta grandiosa hecatombe, que llega por todos sus lados a los linderos de lo sublime. En un horizonte de tinieblas, hurtáis a las sombras un pequeño rincón, para un breve regocijo de paz, habido como al instantáneo fulgor de un relámpago nocturno.

Habéis tenido primeramente la gentileza de encomendar el saludo de orden y la gallarda oración a un gran tribuno, compañero de labor, hermano de la lira, cuya voz fué siempre escuchada con espiritual encanto, por vaciarse en limpia forma sonora, y hoy más que nunca rotunda y acabada, por la sinceridad cordial, abundancia de la elocución y la galanura de las imágenes. El amigo traiciona al juez; el hermano, a tiempo de discernir, emocionase y viene a su hermano, no sólo con la mano generosa, sino con el abrazo que junta a dos en un grupo artístico de ingenuidad y de pasión.

¡Y qué derroche de simpatía! Desde luego me ponéis en un jardín de belleza. Estas flores, con la frescura de la montaña y el blancor de sus nieblas, tienen los matices de la corola, el prodigio del estambre y las antenas de oro y de púrpura de los insectos de color. En esta obra milagrosa de la naturaleza alienta el alma femenina, que es para la poesía tradicional y para la poesía de todos los tiempos el único símbolo de la liturgia del arte. Grecia encarnó en sus musas, sus ninfas y sus diosas la más alta expresión de la naturaleza y de la gracia. La Divina Doncella preside en el cielo del arte cristiano. Las niñas son el capullo de azañar que no ha entregado aún su perfume a la ecdiceia del viento, y sus virginales hechizos se confunden casi con la belleza ideal. Las hermosuras que la luz sola ha tocado, están aquí en torno al mortal feliz, que ve que el ensueño ha cobrado ya vida en una encantadora realidad. Alegrad esta fiesta y todas las fiestas de la civilización, deliciosas criaturas, que robáis al tiempo el momento venturoso de recibir el culto de arte de un pueblo. Alegrad estos instantes como un amanecer del campo, esparcid el perfume de la vida, sutil, diáfano, casi suprasensible, en este ambiente de amor; y recibid los trémulos abrazos del que lamáis poeta, y os paga, con el delirio de la emoción, vuestra caridad de ternura. Cuando este espectáculo casi ultraterreno se disperse, perdurará el cuadro en mi alma, al través de las brumas de la ilusión, en el cariñoso espejo de la memoria. Al que ha muerto le queda así, en los ojos

inmóviles, la imagen de la última visión, recuerdo del tránsito a la inmortalidad, súbito e indeleble signo del amor a la vida.....

¡Oh cuadro de hermosura! Ante vosotras, nuevas musas, se hace la luz de la inspiración, y la intuición de lo bello eleva a mansiones desconocidas, de las que ¡ay! por nuestra fragilidad, es forzoso volver al punto de partida, porque lo imposible nos devuelve al suelo. Así es la poesía, tentativa en espacios desconocidos y elevación que nos convierte en alados seres, y desequilibrio que divide nuestra existencia entre la ilusión y la realidad, entre el vuelo y el regreso a la costra de la tierra. ¡Cómo quisiera cantaros, musas de la patria, para dejar en vuestras manos la flor del ritmo y el perfume de la inspiración! y acabar así, en un transporte de culto a la hermosura.

Pero las alas decaen y desfallecen, con la convicción terrible de que la pasión de arte no puede saciarse aquí, sino en más elevadas regiones. Y me es forzoso renunciar a esta demanda del corazón, y resignarme a lo inevitable, para descender al bajo estado del sentimiento y de la palabra.

Y en este instante, al contemplaros, como seres de inmortalidad, siento me transportado súbitamente a otras nacidas, y me llega algo como un cierzo helado de otras riberas. Parece que se me ha empujado ya hacia los pálidos reinos, para entregarme a la ciudad de paz, en que se halla más de la mitad de los míos. Este mismo homenaje [póstumo para ser merecido], fúnebre casi, en mí anticipado, tráeme la impresión suprema de inclinar el cuerpo hacia la visión de otro horizonte. Parecen encenderse las estrellas, y asomar el faro que señala mi destino en las llanuras del cielo. Y el encumbramiento me estremece con el aire enrarecido de la cumbre, y siento algo como el vacío y la soledad.... ¡Padre y Señor de las alturas, ¿esto se llama la gloria?

No han debido ser para mí el estruendo del certamen ni la disputa por la recompensa. Mi carácter rechazó siempre la exhibición y esquivé la plena luz de la popularidad que deslumbra. Gusté siempre el silencio, y en el retiro, la contemplación de las cosas, de los sucesos y de los cuadros de la morada interior, sin pretensiones de espectáculo, con el rubor de una humildad no fingida, ni siquiera meritoria, sino hereditaria. No he entendido el cultivo de la nombradía, no me asomé sin rubor a los balcones de la publicidad, y temblé entrar en los cenáculos literarios y en ese mundo terrible y apasionado de las letras que desdeñó olímpicamente un gran pensador solitario, Chateaubriand. ¡Y habéis en tantas veces, arrancádome a la oscuridad, para poner en mis manos temblorosas, la palma o la lira, la pluma, y hoy la coro-

na, que no es mía, sino por ser un presente de mi patria!....

Cuando en este pequeño país, asoman apenas después de las primeras labores de la cultura, las dos primeras hojas de la germinación, con las gotas del rocío y de la lluvia, como lágrimas de vergüenza; trabajamos heroicamente los obreros de la pluma: no por industria, que esa no existe aquí; no por celebridad, que carece tal vez de extensión; no por la propaganda, que no encuentra siempre correspondencia, sino por el imperativo de la obligación, que se traduce en la dinámica de nuestro ser, en el ejercicio de las facultades que sin el movimiento se pierden, en la campaña de la voluntad al servicio de Dios, de la Patria y de nosotros mismos. En el avance universal, la inercia supone rebeldía contra el armónico concierto de la existencia, que es acción y es velocidad; y el que se pára en la jornada atropellado queda por el torbellino que empuja a los nacidos para completar su destino.

Hoy me cumple primero inclinar hasta el polvo la cabeza en señal de gratitud. La gratitud representa la más elevada y sincera manifestación del sentimiento y del deber. La Religión misma vale tanto como gratitud, según lo declaró el gran orador romano. Doblo la frente, en reverencia y en testimonio de respeto, ante el noble Jefe del Estado y los príncipes de la Iglesia nacional, los ausentes y los aquí presentes, ante los representantes de naciones extranjeras, particularmente de España, nuestra antigua patria; ante el Congreso y los gobernadores de las provincias azuayas, los cuerpos políticos y de justicia, la milicia, las asociaciones literarias y de todo género y los comités especiales de provincias y los municipios. Su adhesión ha sido tan espontánea, como brote de popularidad manifestada, por los estímulos de la simpatía y por el culto a las letras, propio de países de civilización madura y lozana. Soy deudor de correspondencia cariñosa a los escritores nacionales, que con su campeón al frente hicieron suya la empresa de los promotores de este homenaje. (1) La benevolencia de la crítica y la magnanimidad de los literatos contemporáneos desmienten la acerba censura que ha pesado siempre sobre las difíciles relaciones de la república literaria. [2] Será porque somos pocos

(1) De todos es conocida la larga y extensa labor crítica y de información del Sr. Manuel J. Calle, quien, tanto como los Srs. Arizaga y Vázquez, ha hecho los más eficaces esfuerzos para la manifestación nacional a favor del agraciado conciudadano que se complace en reconocer la sinceridad y nobleza de tan distinguidos patriotas y escritores.

(2) Dejo aquí un recuerdo de especial afecto al joven escritor y poeta César Dávila Córdova, que dedicó un extenso estudio en la afamada revista "Letras" de Quito. La muerte quebró subitamente la vida del leal, del inteligente literato azuayo, que estaba al frente de los de su generación.

los de esta ciudad del arte, nuestra común estimación no se enturbia por rastreras emulaciones o por los recelos del interés, que no pueden existir en nuestra casa literaria de tan pocos haberes y contados amigos.

Acepto esta tierna ofrenda de los obreros, de los hijos del pueblo, nervio de la comunidad y base del progreso definitivo. Esta niña que ofrece una guirnalda a un escritor es símbolo de la alianza entre los diversos factores de la civilización, concertados por la ley del trabajo para un único fin: el bienestar de la nación y el cumplimiento de la voluntad de Dios, que se completa en el orden de la inmortalidad. Gracias, hermanos. Iguales somos todos aquí, por el trabajo manual y la recia labor en el surco. Del sudor y de las lágrimas, entrambas roció de fecundidad para la vida y la civilización, nadie se sustrae; y nos gloriamos en la fraternidad del esfuerzo y la fatiga; y unos somos por ello, según la santidad de la Buena Nueva que puso el trabajo como cimiento de las relaciones sociales.

La generosidad de mis compatriotas ha vaciado aquí sus jardines; esta corona se ha entretejido con hojas traídas de los cuatro vientos de la Patria y la munificencia pone en mi mano presentes de diversas regiones venidos: de la Capital, del Guayas con gentiles frases de adhesión y simpatía, del Chinborazo hidalgo, de Loja, de Ambato, del Azuay... Me es altamente honroso recibir con respetuosa efusión, las congratulaciones de la mujer ecuatoriana: de las damas de Quito, de Guayaquil, de Cuenca. En este momento, se me entrega el álbum con las firmas de las matronas y señoritas de Guayaquil, firmas puestas al pie de una página de ingenua adhesión: lo más puro del corazón nacional, un haz de nombres que pueden dar lustre a un pueblo, cuanto más a un simple ciudadano.

A la mujer cuencana acaba de representar una de las más inteligentes de sus hijas, la que me entrega el bello libro de oro, que guarda mis rimas de adolescencia. Qué premio mayor y más significativo y más grato, para el que intentó celebrar la hermosura femenina, como hermosura ideal y no como flor malsana de voluptuosidad? Pagáis con creces, ¡oh dulces mitades del humano corazón! lo que he pensado, sentido y dicho en tantas veces por vosotras. He declarado siempre mi convicción sobre igualdad, ante las leyes civiles y políticas, de la mujer y del hombre; y he creído que, en los términos de la naturaleza, para completar todo el Evangelio, debía evolucionar el mundo en el sentido de dar a la mujer la participación que merece por su indiscutible rectitud y clara intuición del verdadero interés público. La organización social se completaría en sus

más delicadas funciones y progresaríamos en el sentido de la paz y de la justicia, que tienen asiento cariñoso en el corazón de la mujer.

Un viejo poeta, Quevedo, nos dijo en frase lapidaria:

“Trata con desconfianza la ventura
y póstrate en la altura”,

considerando que la cumbre de la humana ambición no puede poseerse sino de rodillas, y que la única elevación, la de Dios mismo, fué en la Cruz. Los que deseamos como almohada para el sueño la piedad del olvido y escondimos del sol de la publicidad los pálidos hijos del ingenio, súbitamente lanzados a la montaña, como dechado para imitación y luz que deba esparcirse, ¿qué otra cosa podemos sino levantar a Dios, creador de las almas, los ojos nublados por la ignorancia y por la ceniza de la culpa, demandando perdón por esta dicha y gloria que no corresponden al engaño del tiempo; dicha y gloria que es fuerza redimir con llanto? Aunque pasamos también por la injuria, y en los dientes de su sierra quedaron pedazos de nuestra carne; ¡ha sido tanta la felicidad que nos ha concedido el Cielo y doblada nuestra ración en el banquete de la vida! ¡Perdón por esta felicidad, piedad a esta hartura del alma! Es tan varia, tan desigual la distribución de los dones, en el mercado del mundo, que no nos toca, ante este gran misterio, otra cosa que lanzar, en instantánea visión, la mirada a las playas inmortales, donde no hay un átomo ni una oscilación que no se conformen con la quieta y perdurable armonía que concierne la vida universal.

No por mi esquivéz, no porque me considero indigno de los beneficios de lo alto, debo rehuir el hacimiento de gracias y la bendición y la alabanza al Hacedor de la luz y la alegría. En estos breves momentos que llamamos felices, agradezcamos la alegría, esa hermosa criatura del cielo, hermana inocente y buena y sencilla del dolor. Así un alma sutil y santa bendijo al Padre de las flores y los perfumes, embriagada en los de una flor, milagro de la terneza creadora.

Me pide después el corazón volver a lo pasado, mayor, más cierta y conocida parte de mi existencia, para bendecir a mis padres; a mi madre cuyo gran sentimiento y elevación de espíritu despertaron primeramente mis impresiones y las inclinaron a la belleza suma, para descender de ella a las maravillas de la naturaleza. Vaya el homenaje de mi recuerdo al Santo Pontífice bajo cuya sombra aparecieron mis primeros versos y prosas, como un rubor de luz y una

vergüenza de color (1). Vaya mi alma llorosa todavía al dulce, al incomparable hermano, mi maestro, recostado a cuyo seno, aprendí como son música los latidos del corazón y hay dos maternidades, la de la carne y la del espíritu(2). Busque la mirada al otro hermano, Benjamín del canto, que se adelantó en la peregrinación, para allanar el camino a los suyos (3). Mis maestros muertos o vivos recíbanme y escondan mi cabeza cana, vanamente laureada por la generosidad. A vivir tú ¿quién hubiera preparado, sin espina alguna, esta guirnalda, sino tú, hermano, poeta del dolor, mártir de la poesía y la ternura? Habrías hecho tú los honores de esta fiesta y ahora mismo estarás presente aquí, con el espíritu, en la palpitación de la luz y en el estremecimiento del aire, para darme fuerza en este suplicio de la fama y guardarme, con piadosa sombra, del relámpago engañoso de la vanagloria! (4)

Una obra cualquiera y más una obra intelectual tiene mucho de colectiva, participa del medio y se inspira en los motivos corrientes y domésticos. No existe espectáculo sin espectadores, y el caso de un pensador solitario y de un poeta hermético y desolado no se conoce. Somos hijos del tiempo en que vivimos y de la patria en que nos movemos, y una buena parte de lo que llamamos nuestro corresponde a los que nos leen, nos inspiran, nos comprenden y nos aplauden.

Del fondo de mi escasa labor, va el reconocimiento de lo que debo, a mis hijos, a los míos, a la compañera, a la musa única de la vida, a los de mi casa que han perdonado mi labor estéril, no traducida siempre en el bienestar que les es debido, a mis hermanos cuya vida paralela a la mía es parte de la misma corriente vital que del hogar paterno procede, como de una mansión de frescura y de paz, a ninguna otra parecida. Para mis gratitudes más sinceras, levántese, este momento, la imagen del prócer mi segundo padre, que me comprendió y amó por vínculo de nobilísimo parentesco espiritual y contribuyó a dar extensión a mis estudios y amplitud a mis relaciones (5).

Recíban una efusión de mi alma mis maestros: el delicado artista que en la literatura americana de combate dió la sublime nota del perdón, copiando en los "Ecos del destierro" la piedad del divino libro "Mis prisiones" (6); el in-

[1] El Ilmo Obispo de Cuenca Sr. Dr. D. Remigio Esteves de Toral.

(2) El Dr. Cornelio Crespo Toral.

[3] El Dr. Manuel Crespo Toral.

(4) El Dr. Miguel Moreno.

[5] El Dr. Manuel Vega.

(6) El Dr. Honorato Vázquez.

cansable civilizador, gran corazón, cuya potencia creadora y conservadora mantiene instituciones y empresas en nuestra sociedad con la humildad callada de la virtud y que fué el alma y el organizador de un gran movimiento literario aquí, a partir del "Liceo de la Juventud", centro intelectual el más fecundo de la República (1); el sabio director del Observatorio de la Habana, que dirigió mis primeros pasos en el cultivo de las letras antiguas (2); el distinguido patricio Mariano Cueva, que enseñó hasta morir, con el ejemplo y la palabra; el humanista que mantuvo en el Azuay la tradición clásica desde su manantial helénico (3); el respetable literato, político y jurisconsulto, ilustre además por una preclara descendencia (4). Desde el principio tuve el estímulo del patriarca de las letras ecuatorianas, Juan León Mera, del civilizador del Azuay Luis Cordero, del ameno prosador José Modesto Espinosa, del Dr. Luis Felipe Borja, talento de artista y de pensador, muy elevado sobre el común nivel contemporáneo y de un culto patricio y escritor (5) y de los magníficos poetas, Lloa, Julio Zaldumbide y Belisario Peña. Sobre mí pasó también la benéfica sombra del incomparable literato y gran patriota, príncipe de la Iglesia del Ecuador.

De vosotros que estáis cerca de mí, de los compañeros de campaña, de los que hemos bebido en el mismo vaso, ¿qué podré decir, sino que a vuestro calor ha germinado la mies de este ingenio, cuya flaqueza intentáis cubrir con verdes hojas exóticas, industria de vuestra tierna magnanimidad?

Con vosotros y para vosotros he pensado, en comercio con vuestros corazones he sentido, en plática con amigos y hermanos aprendí a vaciar el pensamiento en los moldes de la palabra. En una sociedad pequeña sí, pero ágil de espíritu, libre para el vuelo, limpia de intención, enamorada siempre de la hermosura y creyente en las supremas cosas, no es raro que algo de aquellos elevados destellos haya trascendido al fondo de mi alma. Así, lo mío en gran parte, vuestro es, de vuestra compañía procede y es copia y traslado de una labor afectuosamente común, de una penetración individual en la masa circundante y de una adaptación de caracteres y de tendencias dentro de un movimiento de avance simultáneo y entusiasta.

Este mismo galardón, exceso de lírico entusiasmo colecti-

-
- (1) Dr. Julio Matovello.
 - (2) R. P. Lorenzo Gangoiti S. J.
 - (3) Dr. Tomás Rendón.
 - (4) „ José Rafael Arizaga.
 - (5) „ Antonio Borrero.

vo, que no necesitaba tal vez mi nombre, ni mis modestas empresas; este candor del pensamiento nacional dan testimonio de que sentís el arte y os entregáis a su exaltación, superando vuestra voluntad al tiempo que no llega todavía y al espacio donde no sustentáis firme la planta. Vuestra alabanza, el aire de cálida simpatía de que rodeáis a los soldados de la pluma, influyen en ellos para despertar el brío natural y la energía nueva; y al cariñoso golpe de vuestro aplauso, se abre la dura vena, para dar el oro del pensamiento; que sin la labor ajena, no saldría de su secular petrificación. Sin vosotros, que respetáis hasta una ligera centella del pensamiento, sin mis maestros, sin mis amigos, sin el pueblo que me ha comprendido y alentado, sin los de mi corazón que perdonaron en mí el ensueño, inútil para lo sólido y tangible de la ventura humana, nada habría sido yo: quizás planta de sombra y flor de soledad: no el árbol que creéis vosotros, puesto para lozanía al sol y batido por los aires, para las caricias de la luz y el estremecimiento que traen los contrarios vientos del espíritu.

Como en paréntesis, hablemos un instante sobre poesía. Ahora, como en otras ocasiones de mayor esterilidad, se creen perdidos los valores poéticos, en este mercado de sangre y de oro de la humanidad, actualmente complicada en inmensos problemas y dividida por inconciliables intereses que la desvían de las grandes rutas de la historia.

Pero ¿va la poesía hacia la decadencia? ¿El desequilibrio social y la dispersión de las almas han muerto la poesía?

¡No ha sido, ni es, ni puede ser nunca! Antes bien, la poesía ha centuplicado el brío de sus alas y ha salvado todas las fronteras. Podrá aceptarse que se perdió mucho de la plácida sencillez primitiva y del encanto de la forma tradicional; pero nadie podrá negar que la inspiración tumultuosa, febril, eléctrica, produce las emociones intensas y toca al espasmo de lo sublime; y lo que engendra emoción es soberanamente hermoso y no puede morir, porque la emoción es la prueba única de la poesía y de todas las artes.

En estos días de tragedia, poetas hay en todo el mundo, y los poetas caen en el surco de la batalla y renacen y se adelantan, con la bandera flotante al viento. Y si los poetas sin orientación vuelven en veces a las fuentes y se juzga agotado el manantial poético, también la técnica se transforma, apartándose de las formas convencionales para dar más libre expansión a la música de la palabra, entorpecida por pueriles equivalencias de sonido; una sana libertad que arranca de los orígenes del verso da más vigor y sacude las alas para más amplios vuelos; el misterio interior se desdobra en formas nuevas con encantadora ingenuidad y la naturaleza analizada y sorprendida se traduce en el símbolo,

encarnación del alma en las cosas. Se habrá perdido mucho de la simplicidad antigua en la línea y el contorno; en la naturalidad del proceso artístico, en la acabada armonía de conjunto y de detalle de las obras impecables. Pero, el alma moderna, inmensa y borrascosa, debía buscar y encontró lo incógnito, lo terrible, a veces el desquiciamiento, más siempre un intenso calor vital, una sed de ideales desconocidos, la expresión fuerte, precisa, representativa, única de lo sentido enérgicamente; las gradaciones todas del color, tomadas del natural y de los matices infinitos de la luz y la nota musical incorporada a la oratoria y al verso, como brote espontáneo, sin artificio, sin violencia ni daño del pensamiento. Verdad que las enfermedades de arte invadieron la ciudad literaria, que la peste de falsas originalidades y las modas extravagantes han entregado una montaña de libros a los índices de la crítica. Mas, la humanidad cae y se levanta, las revoluciones literarias dejan como las tempestades el detritus fecundo en las orillas; y la poesía dispersa así, pero honda o alada, preciosa o crepitante, muelle o quemadora, atormentada con el delirio de estos años de gigantesca brega, se abre paso hacia un término que no se adivina. ¿Será equivocado el camino? nunca puede serlo totalmente, pues el arte dinámico, sanguíneo y creyente en la alteza de su ministerio no ha de averiguar a donde va: es suficiente que vaya.

¡Y todavía se discute la inutilidad de la poesía, ese perfume de la naturaleza, esa sal de la tierra, esa duplicación del mundo, esa redención de la realidad exterior, para perfeccionamiento del alma y grandeza de los pueblos, a quienes acerca a lo supremo, cumbre del ideal y puerto de inmortalidad!

¿Se podrá vivir sin estas alas del espíritu? Con éllas salvamos el tiempo y llegamos a los linderos de lo infinito. La poesía es la empresa mayor del hombre,

“heroísmo del alma, nuestra hazaña
contra la omnipotencia de la muerte [1]”

“El poeta está en gracia, se le reveló el misterio de los símbolos y posee las llaves del Cielo” (Heine). El poeta tiene las alas que abarcan la síntesis de los humanos conocimientos y mide desde la altura el sistema del mundo, remontándose a las lejanías de la historia y al éter del ensueño. Quitad al poeta de en medio, y quedará la realidad

[1] De “Arte Poética”.

grosera de las almas bárbaras y de los pueblos salvajes....

¿De mi labor poética podré hablaros, cuando vuestra generosidad acaba de decretar el silencio, por boca de un oráculo de la palabra? Pero, ello no me impide acusarme ante vosotros de la endebles de la intuición poética, de la poca abundancia de la dicción que degenera en fastidio, de la imprecisión que deriva en vaguedad, del descuido en el detalle pintoresco y en el primor lingüístico. Conozco mi vacilación en los matices que determinan la sugestión artística, no he podido vencer del todo la excesiva fronda y hojarasca, en mengua de la sobriedad que hace el arte exquisito y la factura cabal. Todo ello debo a no haber educado las alas para la resistencia y la energía y la monte y el sentido para el ritmo de las ideas y las cadencias. Por omisión, en la pereza del bienestar, rebelde al esfuerzo y a la tenacidad del sacrificio, desdeñando quizás la cultura artística no adaptada aún al suelo y al ambiente; es muy poco lo que he devuelto al Padre de la luz, de los dones que me hubo prodigado. Su resplandor que bajó a las aguas y siguió por ellas adentro; por culpa mía, no alcanzó a la noche profunda de los abismos del océano, a donde pesadamente descendiendo la inercia, para sepultarse en el olvido. Ha sido el lento proceso de martirio de la inspiración y la caída, del viaje a los maravillosos espacios del ideal y la vuelta a los guijarros de la senda: lo que canté en mi desolación:

En un súbito desmayo de las alas,
me arrebató la emoción de la caída.
Alma mía, de la altura al fin resbalas,
que no hallaste tu mansión, la prometida.

Siento cómo llega inmenso lo infinito;
sopla el numen, tengo frío, tengo miedo.
En los labios palpitantes surge el grito;
decir quiero, cantar quiero y nada puedo. (1)

Por el vértigo ciego,
desbordada la loca fantasía,
hierve en el pecho tumultuoso fuego,
al llegar la divina poesía.

Mas el numen en vano se consume,
la inspiración al revolar se enreda,
desvanece la forma su perfume;
y adentro, al fondo, lo mejor se queda. (2)

(1) "Elegías de la Lira".

(2) "El Regreso".

Conocedor de estas mancillas de mi ingenio y de mi empresa y, respetuoso sí de la santidad del arte, he guardado mis poemas, flores de juventud de abundante rama en daño del fruto, para que los depure el tiempo y se filtre el agua derramada de la locura adolescente, al pasar el raudal sobre las piedras del cauce. La corriente ¿habrá adelgazado y limpiado las turbias aguas? Casi sin publicidad, con somero estudio, no llegué ciertamente a más: hube de limitar mi labor a lo ingenuo, sin poner trabas al aire respirable, que de afuera viene, para devolverse en ondas armóniosas. Dedicué casi enteramente mis empeños al cumplimiento del deber y a una intermitente campaña de pluma, en un rinconcillo de vida pública que tenía disponible, empleando el arma de la sinceridad, que pudo ir por mal camino alguna vez, pero nunca lanzada por malévola intención. La obra poética quise dejarla a la piedad del olvido o quizás al juicio de los venideros, únicos dispensadores del fallo inapelable. Mas vosotros habéis resuelto premiar tal vez mi retrainimiento, y os anticipáis al dictamen de la posteridad, que bien puede ser adverso. Tentáis además con arrogancia estos homenajes en un país en que las letras viven penosamente y en el que los primeros maestros son de ayer. Olmedo no mereció que Bolívar le extendiese una rama del bosque de sus laureles. Y vosotros honrasteis a Llona, ayer a Cordero, ¡y me discernís hoy la palma del vencedor! ¿Estamos en Florencia, acaso? Al recibir vuestra recompensa, ofrenda de vuestro corazón, tiemblo por las responsabilidades de la fama. ¡Cuánto mejor para la ventura personal la que cupo al Horacio cristiano que dijo [y logró]:

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo.....

puesto el atento oído
al son dulce acordado.....

para, en el retiro de la inspiración, escuchar

el otro modo
de no perecedera
música, que es de todas, la primera!

¿Qué más para la fragilidad del alma, para la dicha del que ha visto aunque sea de lejos, la ciudad ideal?

¿Qué otra cosa merecía yo, cuando el mismo Homero del Guayas pidió apenas una caricia de las Gracias y una son-

risa de la Patria? Bien puedo exclamar con el príncipe de las letras castellanas: "O no soy el mismo, o se han mudado los hombres y las cosas".

Pero ¡en fin lo habéis decretado! Y nadie podrá llamar absurdo el afecto, ni mentira la sinceridad con que me habéis exaltado. ¿Cómo podré pagaros, sino duplicando, si es posible, los motivos que invocáis para vuestro favor? Al soldado no le pidáis el retiro, despues del diploma de honor: exigidle que sea digno de él, hasta el fin!

Al separarme, señores, de esta grandiosa asamblea al aire libre, ansiosa de ver y de oír, sedienta de cosas del alma y de artística expansión, debo pedirlos, debo recomendar a la juventud fidelidad a los antecedentes que vosotros mismos habéis creado aquí. Aspiráis a comprender el aspecto hermoso de las cosas y perpetuar las simientes de hermosura, en estas montañas, antes esquivas a las gracias y cerradas al culto de los Genios.

En el espacio y en el tiempo, lo que retiene lo fugitivo y hace estable la vida es el arte: el aspecto armonioso y encantador de la naturaleza y del movimiento que retenidos quedan en el milagro de la forma: la eternidad de lo que pasa, que decía el Júpiter de Weimar. El pueblo que comprenda así el humano misterio y la alteza de los destinos del espíritu, siembra para lo venidero y hace la inmortalidad: Ese pueblo será un pueblo engendrador de generaciones cultas, que renuncien a la parte material del progreso en sacrificio a la porcion ideal, desinteresada y perdurable del alma. Vivirá siempre, aunque evolucione y se mude: el río aparecerá el mismo, de limpias aguas y doradas arenas, tendrá el nombre que tuvo en los siglos pretéritos, aunque las aguas cambien a cada instante: subsiste la corriente, nueva en todo momento, bella, limpia, fecundadora siempre.

Somos mantenedores apenas, precursores humildes. Vengan días venturosos para las artes en nuestra patria, hoy enloquecida por los mirajes del progreso, sin duda en mengua de lo sustancialmente grande en la existencia de las sociedades: la belleza de las acciones que constituye la historia; la belleza de la raza que se traduce en la eugenia; la bella disposición de las cosas que es la eurytmia; y el ritmo en el sonido, en la palabra: la elocuencia, la poesía, la música—elevaciones del alma a lo supremo y lo único que subsiste de las ruinas humanas. ¿Sabéis de los banqueros de Grecia o de los grandes industriales de Atenas? Cresos dejó un nombre de escarnio y Lúculo resta como abominación de la bestia. Lo perdurable son el libro, la estatua, el lienzo, la columna, el capitel, el friso: la naturaleza perfeccionada que dijo Cervantes.

Cuando el paisaje se transforme por el detalle artístico

y los senderos se borden de rama y flor y las cabañas tengan la bella estructura de los nidós y las villas originalidad y nota característica y la plantación del árbol sea un rito del culto a la naturaleza y se cante al trabajar y el dolor como deporte artístico sea higiene de la vida y la alegría un himno y las copas se levanten al compás de las estrofas; entonces merecerá la humanidad llamarse culta, por la floración de la cultura. Feliz será un rincón cualquiera, áspero o desapacible, donde la flauta de Pan taña por si sola, al soplo de brisas de pasión y las cuerdas se anuden a la urna de armonía, para repetir el íntimo acorde de los corazones.

¿Qué será ahora de mí? Quizás me habéis entregado a la invalidez? me habéis lanzado a la estéril soledad, para el silencio y la quietud de un triunfador?

Os repito: vuestra generosidad me imponé justificarla, vuestro favor me exige comprobar sus motivos, por el esfuerzo de los días que me restan. ¡Sea lo que dije en mis primeros empeños:

La recompensa a mis fatigas dada
¡sea la cruz, la cruz que fué mi espada!

Por gratitud a vosotros, por el imperio de la obligación y por amor a la patria, la jornada ha de ir bravamente, si Dios lo quiere, ya que no para eficacia, por el esfuerzo, por la intención, en la tentativa siempre repetida de la acción hacia la inasequible cima, que a tiempo de ganarla, se encumbran, exigiéndonos nuevas fatigas de penosa ascensión. Para la nación es el patrimonio intelectual de los ciudadanos. Estos pasarán como insectos de efímero fulgor, morirán tal vez en el momento de crear la luz y cegados por su propia emanación. Pero la luz no muere. La estrella apagada en el fondo más lejano del vacío dió ya sus rayos; y ellos en viaje perenne adelante van en la ruta cierta de los astros, para visitar y dejar nuevos y desconocidos horizontes, saciando la pasión de resplandor de las almas suspendidas del milagro de la noche serena.

Conceda el cielo de vuestra gracia, a este elegido de vuestra servidumbre el don de cantar hasta morir, de admirar las hermosuras vistas y adivinadas, de luchar por lo amado y lo creído y de ir hasta el fin con la pluma en la mano, en descubierta hacia las últimas tierras de la mortal peregrinación. ¡Y sea algún momento de mi existencia digno de vosotros y de la patria!

Unos minutos después de concluído el discurso, el Dr. Crespo Toral dijo: "Ruego a mis compatriotas aquí presente se dignen acompañarme al templo, para dar gracias al Señor y fin a este grandioso homenaje, poniendo en el altar la corona que la generosidad nacional me ha concedido".

El Ilmo. Sr. Manuel María Pólit dirigió en seguida una corta alocución al pueblo, aplaudiendo al Poeta que acababa de consagrar su gloria a Dios, padre de toda luz y sabiduría.

La numerosa concurrencia, precedida por el Poeta, los SS. Obispos y los Comités de la coronación, penetró en la Catedral, en la que se cantó un *Te Deum* solemnísimos, después que la corona fué depositada en el altar, por mano de los Canónigos SS. Nicanor Aguilar y Juan María Cuesta, literatos y poetas de justa nombradía.

Algunos de los sonetos presentados
al Concurso Literario promovido
por el Comité Central de la Coronación

REMIGIO CRESPO TORAL

[Soneto distribuido en hoja suelta, en la Catedral,
después del *Te Deum*]

Adolescente ayer, con la armadura
de gallardo adalid del pensamiento,
luchó con noble y esforzado aliento,
y, entre nimbos de luz, ganó la altura.

Cantó con soberana galanura;
fué todo de la Patria, y lanzó al viento
voces de exultación o de lamento
en sus días de triunfo o de amargura.

Y hoy que irradia el laurel sobre su frente,
y absorta muchedumbre forma el coro
del que venciera ayer, sabio y creyente;

cuando todos pregonan su decoro,
él viene ante su Dios, y humildemente
rinde a sus plantas la diadema de oro.

Rafael F. Arízaga.

(Azuayo)

REMIGIO CRESPO TORAL

(Poeta laureado, prosador insigne, orador brillante,
sabio publicista y gloria de la Patria)

Numen excelso y mente soberana:
cristal maravilloso que sondea
el cosmos infinito de la idea,
y la verdad con lo sublime hermana.

El oro de Castilla afiligrana,
mágico orfebre; si el cincel golpea,
como en Horeb, el pedernal chispea,
y luz, para la sed del pueblo, mana....

Gallardo trovador! Con magno aliento
busca las cumbres como el cóndor ¡Canta
para dignificar el pensamiento!

¡Y si yergue la frente con la gloria,
la inclina ante la Patria, y la levanta
con el lauro inmortal de la victoria!

Manuel M. Ortiz.

[*Panegirista*]

A REMIGIO CRESPO TORAL

(Rodeado del Coro de las Musas, en el acto de su coronación)

Inspirado Cantor, a quien admira
la vasta inmensidad de un Continente;
la multitud se inclina reverente
al acorde sublime de tu lira.

El laurel inmortal que Cuenca mira
en la altitud radiosa de tu frente,
es la ofrenda que al sabio y al vidente
hace la Patria, que a ser grande aspira.

Justo es que, en la suprema de tus horas,
entre aplausos y músicas sonoras,
las Píerides celebren tu presencia,

si son tue Notas, del saber la lumbre,
tus Poemas, los salmos de la cumbre,
y tu Verbo, torrente de elocuencia.

Carlos Arízaga Toral.

(*Pedralves*)

REMIGIO CRESPO TORAL

Síntesis

Cincelador de estrofas inmortales:
tiene del rayo que deslumbra y quema,
cuando, cauterio de úlceras sociales,
estalla en las alturas su anatema.

Pero tiene también de las rurales
dulzuras del idilio en su *Poema*,
cuando al rumor de enjambres y trigales,
por el azul de los ensueños rema.

¡Vidente y soñador: si en el oscuro
abismo, otea, de la patria historia
con jalones de luz marca el futuro!

¡Y cuanto más excelso más creyente,
al coronar la cumbre de la gloria,
rinda ante Dios la coronada frente....!

Luis Cordero Dávila.

[*Aquiles.*]

REMIGIO CRESPO TORAL

En su Coronación

Vino herido del ansia de la cumbre,
de inmensidad sediento y poesía,
y en medio de la absorta muchedumbre
midió en sus alas la extensión del día!

Sólo ante el bien rindióse en servidumbre,
fué toda de la patria su osadía
y, alma nacida para darse en lumbre,
fué sol de este vergel que amanecía.

Hoy se va, para siempre, al sacro Monte
lleva adelante a Cristo que pregona
su fama en la amplitud del horizonte....

¡Gloria al bardo, al patriota y al creyente;
feliz él que al laurel que le corona
dará flores de luz sobre su frente....!

Gonzalo Cordero Dávila.

(*Aureo*)

EN LA CUMBRE

A Remigio Crespo Toral.

Es el final de tu odisea santa:
se rinde ante tu prez la muchedumbre,
y es tu cetro la lira del que canta
en la ímeta triunfal: sobre la cumbre.

Ya rugen las tormentas a tu planta;
ves ante tí las fuentes de la lumbre,
y el lauro de tus sienes abrillanta
de lo Inmortal la mágica vislumbre.

Te da el jardín de Hesperia sus aromas;
de Atica el sol la lumbre que destellas,
y arrullos, de Citeres las palomas....

Tu gloria es la del Astro en el poniente:
el oro de la luz sobre la frente
y una explosión de ritmos y de estrellas!

Remigio Tamariz Crespo.

(Edgardo.)

TRIPTICO

A Remigio Crespo Toral en su apoteosis

(Sonetos presentados fuera de Concurso)

I

Poeta

Se abrió a la cumbre, con las alas, paso;
clavó en la cumbre su estandarte de oro;
dióle la Fe su mágico tesoro,
ritmos el alba y trenos el ocaso.

Rigiendo el brío de su audaz Pegaso,
llegó al edén del apolíneo Coro:
de Polymnia los néctares y el lloro
brindó a las almas en radiante vaso.

Del latino filón labró la gema;
cantó al Héroe y la hispana bizarría;
en jardín de oro y luz trocó el *Poema*,

¡y adurmióse, a su acento de victoria,
en nido de laureles, la Armonía,
y esplendió en el cenit la patria Gloria!

II

Pro aris et focis

De pie, la fuerte diestra sobre la hercúlea clava,
con la vivaz pupila los ámbitos explora,
y del Mal en la noche, desde la cima brava,
difunde claridades y preludia la aurora.

Su verbo—luz que anhela la muchedumbre esclava—
conmina de los dioses con la ira vengadora;
y el rayo de su mente, la flecha de su aljaba
circundan de laureles la Enseña Redentora.

Manlio, en los tambaleantes muros del Capitolio;
Fabricio, ante los régulos y la ambición que abate;
Catón, contra la afrenta del usurpado Solio:

icon lauros y fulgores marca, en la lid, sus huellas,
y el ala de la Gloria le escuda en el combate,
y ciega a los tiranos con líricas centellas!

III

Triunfal

No triunfa el que en la sangre se mancilla,
rigiendo las cuadrigas de la Guerra;
ante el que, absorto, el orbe se arrodilla;
aquel que al orbe, con su prez, aterra.

Con luz perenne, en las edades, brilla
el que en el ritmo la Hermosura encierra,
y, ante sus glorias, al Olvido humilla
y hace eternos los lauros de la tierra.

—Bardo, sobre tu sien lucen sus galas
las flores de la cumbre de Helicon;
vibra un murmullo de celestes alas,

¡y el oro—luz que condensó el granito—
cautiva en el laurel de tu corona
el fulgor inmortal de lo Infinito!

Remigio Tamariz Crespo.

EL POETA

[En la Coronación del Sr. Dr. D. Remigio Crespo Toral]

I

Caballero en corcel de piel dorada,
que treme bajo el espolín de acero:
ya es Jorge el paladín que al dragón fiero
rinde y salva a la virgen acosada.

Ya es Cid que toma con su fiel mesnada,
para su esposa, al moro un reino entero.
Ya es Quijano el invicto caballero
que lidia por las cuifas de su amada;

su espada el verbo, su corcel el verso,
el ritmo espuela, lucha con bravura,
vence con gloria, en el sublime esfuerzo

por la núbil verdad, flor de la idea:
por su Jimena, la belleza pura,
por la patria infeliz, su Dulcinea.

II

La estepa abrió y alzóse el sicomoro;
tocó el risco, y brotó de agua el tesoro;
golpeó el cuarzo, y lució la vena de oro;
hirió el cielo, y surgió de astres un coro.

pulsó el aura, y el aura rompió en trenos,
aguijó al viento y galopó sin frenos;
hendió la mar y la ola hinchó sus senos;
llamó al volcán y respondióle en truenos.

Midió el vigor de garras y de antenas,
oyó el canto de todas las sirenas,
la hiel bebió de las inmensas penas;

mordió el fruto de líricos pomares,
bebió el vino de todos los lagares,
sorbó la linfa de infinitos mares.

Ernesto López.

(Parcifal)

**Sonetos y poesías tomados de
revistas y periódicos.**

**AL EXCELSO POETA REMIGIO CRESPO TORAL,
en el día de su glorificación.**

Hoy que las Musas tu gallarda frente
Ciñen con rama de apolínea gloria:
En el recinto augusto de la Historia
Penetras cual blasón del Continente.

Qué otro digno de ti, regio presente,
Ante ese lauro no resulta escoria;
Si en ti del Genio a la inmortal memoria
Rendirá culto la futura gente?....

En la que tocas endiosada cumbre
Los manes se alzan de Cordero y Llona,
Entre arreboles de esplendente lumbre:

La andina cordillera así eslabona
Sus moles de infinita pesadumbre
Con una nívea espléndida corona!

Miguel Cordero Dávila.

APOTEOSIS

al doctor Remigio Crespo Toral.

POETA: la corona merecida
que ceñirá tu frente pensadora,
será una eterna y apacible aurora,
sobre una cumbre azul llena de vida.

La Patria justiciera y convencida
de tu bella labor, exalta ahora
con un laurel, la rosa triunfadora
de tu profunda inspiración sentida.

Has viajado a la Gloria entre murmullos
de esperanzas, de ensueños y de amores,
deshojando los frágiles capullos
de seda perfumada, sobre un terso
y silencioso mar hecho de flores,
y en la cortante góndola del Verso.

Carlos A. Arroyo del Río.

CORONACION DE CRESPO TORAL

I

UNA HOJA DE LAUREL

Quiero agregar con mano reverente
Una hoja de laurel a la corona
Con que ufana la Patria galardona,
Rodeada de las musas, tu alba frente.

Del Guayas rumoroso hasta el Oriente
Y del Pichincha hasta la azuaya zona
En tu loor un cántico se entona
Y se te aclama, bardo prominente.

Que el arrullo en los nidos de turpiales
El rumor de los bosques tropicales
Y el ígneo trueno del volcán divino

Dieran acordes a mi ronca lira,
Que a cantar en tu honor trénula aspira
En la ardua cima del coloso andino.

II

EL TRIUNFO DEL POETA

Ceñido del laurel, noble poeta,
Te contemplo entre ráfagas de gloria,
Triunfador como el Dante, y tu victoria
No alcanzan ni el guerrero ni el atleta.

Te admiro majestuoso allá en la meta,
Sin la fama rojiza y transitoria
Del que con sangre mancha nuestra Historia,
Del que con hierro a la Justicia reta.

Con tu lira, cantor de las *Leyendas*,
Ofreces a la Patria áureas ofrendas,
Cuanto la espada conseguir no alcanza:

La lira es de los genios la ventura,
Disipa de las almas la negrura
Y los dolores trueca en esperanza.

III

LUZ, MAS LUZ

¡Silencio! el bardo ya llegó a la cumbre,
 Puras las manos, blanca la cabeza,
 Ya su laúd a resonar empieza
 En las regiones de la eterna lumbre.

· Callada está la inmensa muchedumbre,
 Absorta al contemplar tanta grandeza,
 Que a un tiempo mismo arroba y embeleza
 Sin que la luz ofusque ni deslumbre.

Y al admirarte en la radiante altura,
 Entre destellos de la luz más pura,
 Te pide luz y gloria y armonía.

Que brote luz que alumbre la conciencia,
 Que brille luz del arte y de la ciencia,
 Y se exclame *fiat lux*, la Patria ansía!...

L. F. Borja (hijo)

EN LA CORONACION

del insigne poeta Remigio Crespo Toral

Mi débil musa mide la distancia
 hasta llegar al suspirado suelo
 y, temeraria, emprende hacia tí el vuelo
 Cuenca feliz, desde la hoy triste Francia.

Pretende unir su voz sin resonancia
 al triunfal coro, bajo el patrio cielo,
 do en su apoteosis, al varón modelo,
 del puro incienso, ofrendas la fragancia.

Llega y los himnos oye, en verso y prosa
 que alegran tu vergel cuando el planeta
 odio y venganza por doquier respira,

y, torpe, calla, en la ovación grandiosa,
 mientras ciñes la frente del poeta
 con laurel inmortal cual su áurea lira.

Víctor M. Rendón

París. 1917.

REMIGIO CRESPO TORAL

Hay un hombre nacido para el canto:
su épico són aun a la nieve inflama,
do suena su laúd perlas derrama
y hace llorar a todos con su llanto.

Y vivir con las flores ama tanto;
la Ley su sacerdote le proclama;
su crítica es magnífico epigrama,
que bien corrige difundiendo encanto.

Su alma a lo innoble con horror se cierra;
de católico práctico blasona;
nido de amores en su hogar encierra;

fama leal por Genio le pregona.
Es del Azuay, esa apolínea tierra,
y hoy día en él la Patria se corona.

A. P. Chaves.

A REMIGIO CRESPO TORAL

POETA CORONADO

En el día de su apoteosis

(Fraternalmente)

De uno al otro confín, estremecida,
la *Patria* eleva al cielo sus *hosannas*;
y cubierta con áureas y galanas
vestiduras, se yergue conmovida.

Y sonriente y feliz, cual si otra vida
germinara en su ser, con las tempranas
flores que luce Primavera, ufanas
por un beso de Sol que a amar convida,

muestra la majestad de su grandeza
desde el soberbio pedestal que empieza
y se forma, en las rocas de los Andes:

y volviéndose a tí, con cariñosa
y tiernísima voz, dice orgullosa:
¡venga a mí el hijo, grande entre los grandes!

Cesáreo Carrera.

A mi querido amigo

REMIGIO CRESPO TORAL

con motivo de su Coronación

Ciñe la altiva frente del guerrero
corona de laurel; brilla su espada
con fulgores de gloria ensangrentada,
porque es la muerte quien bruñó ese acero.

Mas, la gloria del vate, que un reguero
de luz deja tras sí; gloria alcanzada
sin ajeno pesar, es alumbrada
por el sol de lo bello y verdadero.

Tú que a la épica lira has arrancado,
con mano diestra, armónico sonido,
que en alas de la fama ha traspasado

los lindes de la Patria, has obtenido
la gloria del laurel que galardona
tu canto con espléndida corona.

José Justiniano Estupiñán.

SALUTACION

A REMIGIO CRESPO TORAL

en su apoteosis.

Desde la ebúrnea torre donde, como el latino
artífice, cincelo mi verso diamantino,
—miel para la famélica jauría—
pongo mi lira acorde al melodioso coro
de los címbalos rítmicos y las trompetas de oro
que dicen tu triunfo sonoro,
Rey de la Clásica Harmonía.

Yo que rimé la música de las profanas prosas,
lírico jardinero de las sensuales rosas
en los vastos dominios del Príncipe Rubén,
te doy de mi incensario los más puros aromas,
mando laurel y myrtho con mis blancas palomas
a decorar tu altiva sión.

Como una ronda griega cincelada en un vaso,
 ronda de blancas ninfas que armonizan su paso
 al mismo vago y dulce son,
 suelto las mensajeras alondras de mi canto
 hacia el bosque de lauro, de magnolia y acanto
 en que resuena tu canción.

Rojos labios sonrían a tus labios, Patriarca;
 el heráldico cisne su leve cuello enarca
 al arrugar la brisa del mar el verde tul;
 y avanza a la ribera del sombrío Destino
 tu nave, ¡oh, argonauta de un ensueño divino,
 que despliegas del Arte el pabellón azul!

Triunfalmente conduces el alado Pegaso;
 tu nombre llena el cielo del Levante al Ocaso;
 la eterna luz nimba tu sien....

Y penetras al son de cien liras sonoras
 al reino donde miran las eternas auroras
 Homero, Dante, Hugo y Verlaine!

Medardo Angel Silva

HOJA DE LAUREL

Para la corona del insigne bardo,

Sr. Dr. D. Remigio Crispo Toral

I

Dios, a su imagen, al crear al hombre,
 le dió para conquista el universo
 y por meta sublime lo infinito.
 Vibra la creaci3n, arde la lucha;
 aqu3 se enciende el astro de la gloria,
 all3 retumba del dolor el trueno,
 y cantan los que vencen,
 y gimen los vencidos.
 ¡Trágico drama! en la existencia humana
 no hay alma que no cante,
 no hay alma que no lllore;
 lira es el corazón de cuerdas de oro:
 todo hombre es un poeta.

II

Pero no a todos las potentes alas
 del águila caudal de los espacios
 ni su mirada que en el sol penetra
 le fueron concedidas.
 Sólo los Genios al Sinai ascienden,
 y allí, en la cima del misterio santo,
 en medio de relámpagos divinos,
 la ley suprema del ideal escriben
 y, al gran fulgor de la fecunda idea
 o arrancándose el alma cuando lloran,
 alzan al hombre de la tierra al Cielo,
 o hacen gemir con su dolor al mundo.

III

Más raudo, más potente que las águilas,
 el cóndor de los Andes colosales
 se cierne en las alturas infinitas,
 del sol arranca el fuego luminoso
 que incendia sus pupilas de diamante,
 y en la nevada cumbre
 del regio Chimborazo
 clava sus garras de bruñido acero,
 abre sus alas con soberbia pompa
 y, sobre el fondo del azul celeste
 airoso esplende cual señor sublime
 del mundo entero, que a sus pies contempla.

IV

Así, en la cumbre del Parnaso irradian
 Olmedo y Llona con fulgor olímpico;
 mas, tú, sublime como Dante, al cielo,
 rasgando el éter, poderoso subes,
 ardiendo en llamas de tu Fe, en su carro
 de fuego y de centellas;
 en Dios enciendes de tu genio el astro,
 y Dios te besa en la inspirada frente.
 Esta es, ¡oh bardo! tu mejor corona.
 En tanto, el mundo, tu adorada patria
 otra te ciñe de diamante y oro:
 y ya eres inmortal, cantor divino.

L. A. Chacón.

DELEGADOS

EN LAS FIESTAS DE LA CORONACION DE

Remigio Crespo Toral.



El Ilmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo de Quito estuvo representado por el Rmo. Sr. Canónigo Dr. Lizardo Abad.

El Ilmo. y Rvmo. Sr. Pérez Quiñones, por el Sr. Canónigo Dr. Froilán Pozo.

El Ilmo. y Rvmo. Sr. Machado, por el Rmo. Sr. Deán Dr. Gregorio Cordero.

El Ilmo. y Rvmo. Sr. La Torre, por el Rmo. Sr. Canónigo Dr. Nicanor Aguilar.

Sr. Federico Malo, Gobernador de la Provincia, delegado del Exmo. Sr. Ministro de Francia y del Sr. Ministro de Gobierno.

Dr. Rafael M. Arízaga, delegado del Sr. Presidente de la República, de los Exmos. Sres. Ministros de Estados Unidos, Chile, Perú y Bélgica; de la Academia ecuatoriana correspondiente de la Real Española, de la Academia de abogados de esta ciudad; de los Clubs, de la «Unión» y «Metropolitano» de Guayaquil; de los Ilustres Municipios de San José de Chimbo, Santa Ana y Gualaceo; del Directorio Conservador del Azuay; del Directorio Central del Partido Conservador y del Municipio de Latacunga.

Dr. Honorato Vázquez, delegado del Exmo. Sr. Ministro de España, Ministro de I. Pública, de la Universidad del Guayas, de los Ilustres Municipios de Tulcán, Colta, Pujilí, Bahía de Caráquez, Esmeraldas, Chone y Celica, del Directorio Conservador del Chimborazo, del "Comité Crespo Toral" de Riobamba y del Comité "Crespo Toral" de Guayaquil.

Rvmo. Sr. Dr. Nicanor Aguilar, delegado del Directorio Conservador de Guayaquil, del "Comité Azogueño Crespo Toral" y de la revista «El Demócrata».

Sr. Enrique Malo, delegado del Exmo. Sr. Ministro de Inglaterra.

Sres. Dres. Octavio Cordero Palacios, Luis A. Loyola y Aurelio Bayas, delegados de la H. Cámara del Senado.

Sres. Dres. Luis Jaramillo, A. Donoso C. y Carlos Arroyo del Río, delegados de la H. Cámara de Diputados.

Sr. Luis Ríos, delegado del Sr. Ministro de Hacienda.

Sr. Coronel Nicolás Fuentes R., delegado del Sr. Ministro de la Guerra.

Dr. Adolfo A. Torres, delegado de las Exmas. Cortes Superiores de Guayaquil, Portoviejo, Riobamba y Loja, y del I. Concejo Municipal de Zaraguro.

Sr. Roberto Espinosa, delegado de la Exma. Corte Superior y Tribunal de Cuentas de Quito; de los Ilustres Concejos Municipales de Quito y Machachi y del Sr. Gobernador de la Provincia de León.

Dr. Alberto Muñoz Vernaza, delegado del Tribunal de Cuentas de Guayaquil, del I. Concejo Municipal de Alausí y del Directorio Conservador de Manabí y Esmeraldas.

Dr. Remigio Romero León, delegado de los Ilustres Municipios de Guaranda, Ambato y Girón.

Dr. Nicolás Sojos, delegado de la Universidad Central y de la «Sociedad Filantrópica del Guayas».

Dr. Miguel Cordero Dávila, delegado del I. Concejo Municipal de Ibarra.

Dr. Octavio Díaz, delegado del I. Concejo Municipal de Riobamba.

Dr. Santiago Carrasco, delegado de la Academia de abogados de Guayaquil y del I. Municipio de Cañar.

Sr. Arcesio Pozo, delegado del I. Municipio de Azogues.

Dr. Manuel A. Mosquera, delegado del Colegio "Teodoro Gómez de la Torre" de Ibarra.

Sr. Dr. Alberto Tamariz, delegado del Colegio «Vicente León» de Latacunga.

Dr. Gonzalo Cordero Dávila, delegado del Sr. Gonzalo Zaldumbide.

Sr. Celso Fdez. de Córdova, delegado del I. Municipio del Pasaje.

Dr. Luis Cordero Dávila, delegado de los Ilustres Municipios de Montecristi, Portoviejo, Rocafuerte y Colegio Nacional Bolívar de Ambato.

Dr. Daniel Córdova Toral, delegado del I. Municipio de Machala.

Dr. Juventino E. Vélez, delegado del I. Municipio de Loja y del Colegio «Bernardo Valdivieso» de la misma ciudad; de «El Observador» de Riobamba, de «El Herald» de Loja y del «Comité Crespo Toral» de Portoviejo.

Dr. Remigio Tamariz Crespo, delegado del «Comité Crespo Toral de la Provincia de los Ríos» y del «Comité Loja» de la misma ciudad.

Dr. Abelardo J. Andrade, delegado del I. Municipio de Cotacachi.

Dr. Octavio Cordero P., delegado del I. Municipio de Vinces.

R. P. Matías Buil, delegado del Sr. Cura párroco del Cantón Sucre.

Dr. Víctor A. Moscoso, delegado del I. Municipio de Daule.

Dr. Aurelio Granda, delegado del I. Municipio de Calceta.

Dr. José Remigio Aguilar, delegado del I. Municipio de Jipijapa.

Dr. Juan José Montesinos, delegado del I. Municipio de Puebloviejo.

Dr. Ezequiel Márquez, delegado del I. Municipio de Paute.

Dr. Manuel A. Corral, delegado del I. Municipio del Cantón Gualaquiza.

Dr. Tomás Moreno, delegado del H. Sr. Ministro de Hacienda.
